

LA REVISTA DE LOS HIJOS DE LA NOCHE

Nº1

REFUGIO BIZARRO



EN ESTE NÚMERO:
¡100 AÑOS DE WEIRD FICTION!

REFUGIO BIZARRO #1



¡100 AÑOS DE WEIRD FICTION!

Ibán Sánchez

Luis Zurriaga

Pablo Almonacid

Yuke Kabula

Ricardo Meyer

Mathew André Meléndez



INDICE:

Índice.....	3
Introducción, por Yuke Kabula.....	4
El que invoca se equivoca, por Ibán Sánchez.....	6
El horror que cayó del cielo, por Luis Zurriaga.....	10
El hombre enredado, por Pablo Almonacid.....	17
La sombra del ciempiés, por Yuke Kabula.....	20
El ángel, por Ricardo Meyer.....	36
El bosque negro, por Mathew André Meléndez.....	52



Más allá de Lovecraft: 100 años del universo amateur y colaborativo de la pulp fiction

POR YUKE KABULA

* * *

Hace más de cien años, surgía un fenómeno literario que, aunque popular entre muchos, sería incomprendido por otros tantos: la pulp fiction o, simplemente pulp, gestada a finales del siglo XIX y cuya existencia se prolongaría hasta mediados del XX. Pero, ¿qué es exactamente? Primeramente — y a modo de chascarrillo—, decir que no, pese al nombre nada tiene que ver con «pulpo». Si bien es cierto que, este género, quedará vinculado en el inconsciente colectivo con el «horror tentacular» o, más académicamente hablando, con el horror cósmico de Howard Phillips Lovecraft, una de las figuras más célebres de este ámbito y que, tristemente, acabó por eclipsar a la mayoría de sus colaboradores, cuya obra y biografía quedaría relegada a un pequeño pie de página de la vida del autor de Providence.

Entonces, ¿es el pulp lo mismo que el horror cósmico? No, de hecho, el pulp es anterior, siendo el medio en el que se gestaría este segundo tipo de ficción. Es más, el pulp no se limitaría a la literatura de terror, sino que habría llegado a abarcar otros tantos subgéneros, como la espada y brujería, la ciencia ficción, la literatura finisecular y, en definitiva, todo aquello que coloquialmente se designa como «weird fiction».

Si tuviéramos que resumir el pulp en una sola palabra, sería «amateur». Lejos de consolidarse como una «literatura seria», como la de Edgar Allan Poe o Víctor Hugo, el pulp, tanto en su enfoque como en sus tramas, estaba más cercano al cómic, un medio al que muchas de sus historias terminaron migrando para aprovechar sus ventajas. Un claro ejemplo es el de Conan de Cimmeria o «Conan el bárbaro», que inició sus aventuras en las revistas pulp y luego se convirtió en una de las principales sagas publicadas por Marvel, fuera de su famoso universo de superhéroes.

Es por ello que, más que ser una obra literaria destinada a élites culturales y a una crítica selecta, tanto Conan como las demás piezas concebidas en el seno del pulp tenían por objetivo constituirse como un producto de consumo fácil, destinado a un «público raro». Con frecuencia, los principales atractivos del género eran la presencia de mujeres hermosas y héroes fornidos, que servían para satisfacer las fantasías escapistas de su demografía objetivo. Tan solo un vistazo a dos o tres portadas de la *Weird Tales* o la *Amazing Stories* bastará para comprender de lo que estoy hablando.

De hecho, muchos de los autores que publicaron en aquellas revistas tenían el perfil de «persona con gran imaginación, pero con dificultad para poner por escrito sus ideas». Por poner dos ejemplos, cabe mencionar a Zealia Bishop y Hazel Heald, cuyos relatos tuvieron que ser reescritos íntegramente por Lovecraft, previamente a su publicación en la revista. Y aquí entra otro punto importante y es la idea de las narrativas del pulp como una «ficción colaborativa». Al margen de casos como estos — en los que el relato estuvo escrito por dos manos diferentes—, se hace evidente que, incluso en los relatos individuales de autores pulp, tiende a apreciarse el influjo de sus contemporáneos y predecesores, estableciéndose una continua referencia a la obra de otros escritores, tanto de dentro como de fuera del colectivo. Por ejemplo, no serán extrañas las alusiones de Lovecraft a Tsathoggua, dios sapo inventado por Clark Ashton Smith, o de Lin Carter a Ithaqua, cuyo nombre se remonta a los relatos de August Derleth.

Estas características hacen que las publicaciones de las revistas pulp sean difíciles de encasillar dentro de una perspectiva literaria tradicional, ya que en el pulp la idea de «autor y obra» a menudo se diluye. Por ejemplo, al hablar de «literatura lovecraftiana», no nos referimos exclusivamente a los relatos de Lovecraft, sino también a todos aquellos que han recibido y añadido elementos al universo literario que él creó. Siguiendo esta lógica y desafiando ciertos estereotipos, me atrevería a decir que el pulp se asemeja a formas de «ficción colaborativa» que hoy en día surgen en las profundidades de internet, como los creepypastas o la comunidad SCP. Se situaría, por tanto, en las antípodas de la literatura de autor.

Con esto en mente, espero que este número sea un digno homenaje a este tipo de literatura amateur y colaborativa, cuyo espíritu es tan difícil de trasladar a la época actual, marcada por el individualismo y la búsqueda de notoriedad y gloria.

Adenda:

En los últimos días hemos sido testigos de eventos que nos han dejado profundamente conmovidos y consternados; es por ello que deseamos expresar todo nuestro afecto y apoyo a nuestros amigos, colaboradores y lectores de la Comunidad Valenciana. El primer relato que presentamos, cortesía de Ibán Sánchez, es una obra tremendamente actual y, lamentablemente, hoy lo es más que nunca, retratando de manera impactante una realidad que ha quedado dolorosamente expuesta tras la catástrofe que ha azotado nuestra geografía. El político arrogante e insensible que protagoniza esta historia bien podría ser cualquiera de los poderosos de este país, quienes, una vez más, parecen anteponer su propio interés al bienestar de una ciudadanía a la que, al menos en teoría, deberían representar.

Afortunadamente, nos tenemos los unos a los otros. El pueblo español ha demostrado una profunda integridad moral y una solidaridad admirable. Hoy más que nunca, y desde lo personal, puedo decir que me siento profundamente orgulloso de poder formar parte de esta extraordinaria gente a la que puedo llamar mis hermanos.

Pueblo Valenciano, este número va dedicado a vosotros. Ha querido el destino, de hecho, que uno de los autores que nos acompañan, Luis Zurriaga, sea natural de Valencia, lo cual, en sus propias palabras ha sido una de esas «casualidades curiosas y terribles» que tiene la vida. Dicho esto, no me queda sino mandaros un fuerte abrazo de parte de un servidor y del resto del equipo de Refugio Bizarro.



Es increíble lo caro que está el ojo de nutria. Por no hablar del higadillo de rata. ¡Ni que las alimentasen con caviar! Ya podría existir una receta que no llevase tanta casquería, pero me temo que, cuando se inventaron las artes oscuras, no había nigromantes veganos.

En fin, todo sea por lograr una invocación decente.

Solo me queda añadir el extracto de almas. Espero que sea suficiente con la masa que han elaborado mis ayudantes a partir de los carnets de afiliados del partido y orujo casero. Lo primero es la fiel representación de cómo unos desconocidos son capaces de regalarte su confianza y apoyo a cambio de una bandera de España pegada a un palo y un bocadillo de jamón. Lo segundo es lo único que tenía en casa para que macere.

Al final ha salido una cantidad decente. Menos mal que ignoré a López y deseché el caldero de hierro. Habría estado horas removiendo con el cucharón. En su lugar, el único esfuerzo por mi parte ha sido

programar la velocidad de la cuchara de la *Thermomix*.

Mierda, ya me he manchado de sangre de rata el traje nuevo. Incluso creo que ha caído alguna gota en el pin con la bandera de España que me regaló el secretario general del partido. Las ratas deben atraerse.

Busco alrededor del robot de cocina. ¿Dónde he puesto el dichoso tapón transparente? Debí hacer caso a mi mujer y ponerme el delantal de casa, pero me entran los siete males solo de imaginar que algún progre perturbado pueda sacarme una foto y colgarla en Internet por llevar un delantal que diga «Las salchichas mejor gordas».

Creo que así es suficiente. Hay que ver la pinta tan asquerosa que tiene esto. Por suerte, no hay que beberlo, sino recitar unas palabras dentro del círculo de velas. De lo contrario me sé de dos ayudantes que iban a estar tragando mejunje hasta que no quedase ni una gota.

Miro a mi alrededor preguntándome dónde habré dejado el dichoso libro de hechizos. Juraría que lo había colocado encima de la mesa de la cocina. Menos mal que encargué a esos idiotas de Gómez y López que escribiesen una copia más manejable. No me extraña que solo quedase un ejemplar del *Necronomicón*. A ver quien narices iba a salvar un libro de medio metro de ancho y unos diez kilos de peso. Está como para echárselo bajo el brazo cuando te asaltan el castillo. Este ejemplar es mucho más manejable, aunque los merluzos de mis ayudantes hayan utilizado para la transcripción una libreta con una cubierta de unicornios. Que poco sentido de la teatralidad tienen.

Encuentro la libreta y el encendedor bajo una bolsa de limones que trajo ayer mi cuñado. Una docena de velas para delimitar el círculo de invocación. Tengo que reconocer que me gusta el detalle que ha tenido Gómez de comprar las velas rojas y amarillas para formar la bandera patria. Va a saber ese Cthulhu lo que es un español hecho y derecho.

Pruebo varias veces sin éxito a girar la piedra del mechero. *Made in China* tenía que ser, aunque admito que el toro de Osborne les ha quedado muy pintón con el traje de luces. Tras unos cuantos intentos y otros tantos comentarios racistas sobre cierto país asiático, consigo que todas las velas ardan a la vez.

Empieza lo importante.

Paso las hojas de la libreta hasta dar con el hechizo traducido por una I.A. a algo que pueda pronunciar sin necesidad de cortarme la lengua, tal y como sugería el prólogo del libro. Lo leo mentalmente varias veces y cojo aire cuando creo que estoy preparado.

Decían que estaba acabado, que el escándalo del tráfico de influencias y el desfalco había acabado con mi carrera política. No tienen ni idea de con quien están tratando. Yo siempre salgo a flote por muy jodida que se presente la situación. Incluso saco beneficio, aunque para ello necesite vender a mi propia madre.

La primera palabra de la invocación se me atraganta como bola de pelo en gato. El resto sale del tirón, casi sin leerlo. Una voz que no es la mía se encarga de rellenar las partes que no sé pronunciar. La lengua me duele por el contorsionismo al que la someto, los labios se agrietan y la garganta se me seca, pero soy incapaz de parar. El conjuro continúa y, a cada palabra, noto cómo se me cierra el esófago, cómo aprieto los dedos de las manos hasta que los nudillos adquieren el mismo blanco que mis ojos, ahora casi vueltos hacia atrás. Me invade un olor a muerte y escucho mi piel agrietarse con los efluvios del contenido del recipiente *Varoma*, que ha empezado a hervir aun con la máquina apagada. Mis músculos se tensan y apuesto conmigo mismo cuál de ellos va a desgarrarse primero.

De pronto, todo acaba. Trago una bocanada de aire con un silbido y abro los ojos, mientras un escalofrío me recorre el cuello, anticipando el horror cósmico al que voy a enfrentarme.

El primer pensamiento es fulminante. Menuda birria de bicho. ¿Esta es la deidad a la que todo el mundo teme? ¿Ante la que el universo debe postrarse? No puede ser, algo tiene que estar mal. Tomo la libreta de unicornios y repaso de nuevo, hoja por hoja, hasta detenerme en el listado de ingredientes. Señalo con el dedo la que creo que es la línea causante de mi error. Estoy convencido de que las quince almas y media que se necesitaban según Gómez, eran, en realidad, quince mil quinientas. No tiene ningún sentido que el autor añadiese un punto para separar los decimales. Nadie usa «cero coma cinco almas» para una invocación.

Miro al ente con la decepción arrugándome el entrecejo. Parece un *Funko Bitty Pop* de los que colecciona mi sobrino. Más que caer en un pozo de agonía por culpa del horror inabarcable que provoca, dan ganas de coserle un trajecito a medida y darle achuchones.

Creo que quiere comunicarse, esa manera de agitar los tentáculos tiene que significar algo. Acerco el cucharón a la *Thermomix* y lo rescato como si fuese una patata cocida. El bicho sigue agitándose y un zumbido sale de su boca. Su color cambia del verde,

propio del musgo macilento, a un tono más rojizo, como si se estuviese oxidando. Lo llamaré «Cthulhin colorado».

Me descojono en su cara de mi propia ocurrencia y el bicho se enfurece aún más. De pronto, salta del cucharón y empieza a subir por mi brazo. Cada contacto de sus minúsculas patas a través de la ropa es una tenaza cerrándose sobre mi piel. Intento atraparlo como quien intenta cazar una mosca al vuelo y obtengo el mismo resultado nefasto. Previendo su trayectoria, doy un manotazo en mi hombro izquierdo, con tan mala suerte que el pequeño dios primigenio salta un instante antes al bolsillo de mi chaqueta. Mucho poder divino, pero poca sesera. No tiene escapatoria.

Estiro el bolsillo e intento adivinar sus intenciones antes de meter la mano para atraparlo. Justo en ese instante salta del interior. Solo me da tiempo a ver un destello dorado. ¿Qué narices ha sido eso? Haciendo uso de sus tentáculos, observo boquiabierto como efectúa una aeróbica pirueta en la que acaba enganchado del pin con la bandera de España que luzco en la solapa. Es en ese momento cuando entiendo que el objeto dorado es la tuerca que lo mantenía unido al traje.

De un tirón, el escurridizo ser saca el pin y trepa por la corbata hasta mi hombro derecho, ayudándose de la pendiente que le proporciona mi barriga. Por el camino, esquivo mis manos varias veces. Giro la cabeza para enfrentarme a su mirada. Unos ojos diminutos como lentejas, pero con la profundidad de un agujero negro, me observan, me absorben. No pestañean y me percato de que yo tampoco, que ni siquiera respiro. El tiempo se detiene mientras contemplo la maldad del universo concentrada en un dedal.

El ser alza el pin por encima de su cabeza sin mudar su expresión y, con la rapidez de un latigazo, me clava la púa. El dolor me saca del trance y, por instinto, suelto un manotazo hacia el origen del daño. Cuando retiro la mano ya no hay nada. Solo un eco doloroso y el calor propio de un pequeño hilo de sangre que brota de la herida. A un par de palmos de donde se encontraba, distingo al insidioso ser

instantes antes de que vuelva a apuñalarme. Otro grito y otro manotazo. Y otra vez que se me escurre entre los dedos. La maniobra se repite hasta que noto la camisa empapada en sudor y sangre y el cuerpo dolorido.

Con un grito de rabia que sale de lo más hondo de mi pecho, logro capturar a la endiablada deidad cuando descendía por mi muslo. La aprieto con fuerza, para impedir que vuelva a escabullirse, sin importarme que me esté clavando el pin en la palma de la mano o la desagradable sensación producida por el deslizamiento de su escamoso cuerpo intentando liberarse.

Decido que la invocación ha llegado a su fin.

Levanto la mano hasta que nuestras miradas vuelven a cruzarse. Solo asoma de mi puño su minúscula cabeza y alguno de los tentáculos que, como babosas, reptan por mi piel impregnándola de un líquido amarillento.

Por mucho que necesite de su ayuda divina para volver a tomar las riendas de mi partido y el puesto de poder que me corresponde, no pienso tolerar que se subleve. Los seres invocados existen para ser sometidos, no libres. Y si tengo que conjurarlo cien veces y destruirlo otras cien para que reconozca mi dominio sobre él, que así sea.

Cthulhu parece entrever mis intenciones mientras sus tentáculos siguen palpando mi dedo índice hasta que deciden detenerse en un lugar concreto. Es entonces cuando la bestia abre sus fauces y las entierra en mi piel.

Siento como si una veintena de alfileres se hundieran a la vez y un nuevo grito escapa de mi garganta sin que pueda impedirlo. Solo el miedo a ser masacrado a base de minúsculas puñaladas mantiene mi mano férreamente apretada para impedir que escape. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y se mezclan con el sudor que se cuela en la papada. Caigo hacia atrás esperando encontrar el abrazo de una silla plegable y es entonces cuando todo a mi alrededor cambia.

Una ciudad de piedra y formas imposibles se extienden ante mis ojos. Donde antes estaba la mesa de la cocina, ahora hay una cúpula cubierta de fango

palpitante. El hedor a muerte y los susurros de sonidos impronunciabiles condensan la atmósfera volviéndola opresiva. Duele al respirarla.

Desvío la vista hacia mi mano y la deidad sigue observándome, impertérrita, con los colmillos aun anclados en mi piel y enraizados hasta mi alma.

El paisaje vibra y cambia ante mis ojos. Ahora, un Cthulhu como el subconsciente dibujaba en mis pesadillas se alza sobre una ciudad derruida. No es una ciudad cualquiera, es la ciudad en la que vivo, a la que he jurado representar. A sus pies, los cadáveres de mi familia, de mis amigos, de mis vecinos, de mis compañeros de partido se retuercen de dolor aun en la muerte.

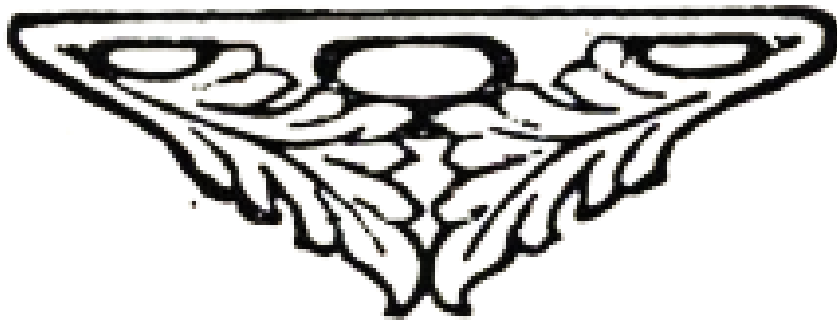
El Cthulhu de la pesadilla y el que tengo en mi mano me observan. En sus ojos solo capto regocijo ante mi desesperación. Es entonces cuando lo comprendo y más lágrimas se amontonan en mi rostro.

Aunque lo invoque cien veces y cien veces lo destruya, aunque las invocaciones sean tan chapuceras que reduzcan su materialización en

nuestro mundo a una caricatura de su auténtico ser. Pase lo que pase, tarde o temprano, él vendrá y arrasará con todo. Y con todos. Sin que nada o nadie pueda impedirlo.

Caigo al suelo de rodillas, con el ser aún en mi mano, y golpeo con mi otro puño el asiento de la silla. La agonía que rezumo por cada uno de mis poros convierte el sufrimiento físico en alivio. Mi dolor queda enmarcado por la melodía de finalización de la *Thermomix*. *Turururú. Turururú.* Parece que corease: «Ya terminé», en una muda anticipación del destino de la humanidad. No se puede someter a una entidad cósmica.

Lo miro, buscando una piedad que sé que no existe, y un destello de luz en forma de idea atraviesa la oscuridad de mis sentimientos. Tal vez, sí que pueda hacer algo. Lo que siempre hago. Sobrevivir y sacar beneficio de la situación. Aunque esta vez voy a tener que vender a bastante más gente que a mi madre.





Día primero

Todo comenzó una noche. Me despertó un ruido ensordecedor, como el estallido de un trueno, que sacudió los cimientos de la casa. Me levanté para comprobar qué había pasado, temeroso ante la posibilidad de una explosión, y me asomé a la ventana sin acertar a distinguir más que oscuridad. Tras echarme una chaqueta sobre los hombros, salí afuera y me dirigí hacia donde se había producido el ruido. La aldea estaba desierta. Solo se escuchaba el silencio —suponiendo que el silencio pueda escucharse— acentuado por el contraste con el estruendo anterior. No había luna y no corría una brizna de viento. Como yo, otros vecinos empezaron a aparecer por los alrededores. Muchos llevaban aperos de labranza —pues eran las armas que tenían más a mano—, otros, cuchillos de cocina; y, algunos, escopetas de caza. La superstición había hecho mella entre la gente y el fantasma de la guerra planeaba sobre nuestros peores presagios.

Me encaminé, integrándome en la siniestra procesión que había tomado la aldea, a la granja de Sisebuto, y allí, por un efecto óptico o nuestra propia sugestión, alcancé a entrever una columna de humo que emitía un tenue resplandor y ascendía verticalmente hacia el cielo. Me quedé parado,

contemplando aquella visión sobrenatural y preguntándome qué clase de fenómeno la habría provocado, cuando el viejo Sisebuto surgió de entre las sombras, enfundado en un pijama rojo y con el rostro desencajado. Sus brazos, caídos a los costados, reflejaban su impotencia ante una fuerza que escapaba a su comprensión.

Entonces, los perros prorrumpieron en ladridos, rompiendo la quietud de la noche en mil pedazos. Alguien, aparte de un hacha que empuñaba en la mano, había traído consigo a sus perros, que gruñían y enseñaban los dientes con el pelaje erizado. Los canes se resistían a avanzar, pero su dueño tiraba de ellos. Cuando llegaron al trigal de Sisebuto, ladraron al aire hasta desgañitarse.

Algo, no sabíamos el qué, había caído en el campo de Sisebuto abriendo un enorme agujero. Este tenía el borde chamuscado, con las espigas de su contorno ennegrecidas, y emanaba un intenso olor a quemado. Inexplicablemente, tanto el propio agujero como los jirones de humo que desprendía, emitían una pálida fosforescencia.

A simple vista, no se veía nada dentro del agujero; ni con linternas pudimos hacernos una idea de su profundidad o de lo que lo había causado. Era noche cerrada, velada por un mar de nubes suspendido en el cielo, y el frescor de la madrugada quedaba paliado

por el calor que irradiaba el agujero. Las consecuencias del impacto todavía eran perceptibles, aunque no tardarían en diluirse, dejando el cráter como único vestigio de lo sucedido.

Aquel fenómeno, aunque insólito, no podía decirse que fuera inverosímil. Yo, por mi parte, argüí que debía de tratarse de un meteorito, y como pocos tenían constancia de la existencia de la palabra *meteorito* o de su significado, se quedaron más tranquilos al comprender que podía explicarse racionalmente. A mí, sin embargo, aparte de su perfecta verticalidad, me extrañó que el agujero tuviera demasiada profundidad en relación con su anchura, pero me guardé de compartir mi apreciación.

Cuando los presentes se cansaron de especular sobre el origen del meteorito, pasada la sorpresa inicial y acuciados por el sueño que habían interrumpido, comenzaron a desfilar de vuelta a sus hogares, abrazándose a los trajes de noche y con su improvisado arsenal apuntando al suelo. A Sisebuto le costó un poco más ponerse en movimiento. El anciano, sumido en una especie de trance, se balanceaba atrás y adelante con la mirada perdida en el agujero. Le puse una mano en el hombro, sujetándolo con firmeza antes de decirle que era peligroso permanecer allí porque podía haber un desprendimiento de tierra.

Sisebuto detuvo su oscilación y retrocedió un paso, liberándose del influjo del agujero y recuperando la lucidez. Lo conduje hasta la puerta de su casa para que no cogiera frío, y él se dejó llevar dócilmente.

— ¿Por qué ha caído en mi campo? — me preguntó el anciano, como si yo tuviera la respuesta.

— Ha sido una casualidad, podía haber caído en cualquier otra parte.

— Pero ha caído en mi campo — repuso, aludiendo a la fatalidad como causa del incidente.

— Yo creo que has tenido suerte — traté de animarlo—. Por unos metros no te ha caído en casa. Podía haberte matado. Por el agujero no te preocupes; ya lo rellenaremos de tierra.

Me miró y esbozó una sonrisa, pero pronto su expresión se tiñó de incertidumbre. Yo sabía que era un hombre impresionable, pero no imaginaba que un

fenómeno astronómico aislado pudiera afectarle tanto.

— ¿Y por qué ladraban los perros? — quiso saber.

Yo dudé antes de responderle.

— Olerían algo — dije finalmente.

Sisebuto empujó la puerta, que había dejado entreabierta, y volvió a la seguridad de su hogar. Suponiendo que un techo y cuatro paredes pudieran protegerlo de algo *realmente* peligroso.

Cuando me quedé solo, envuelto por el silencio y la oscuridad, una profunda desolación se adueñó de mi persona. El universo era infinito, y pensar en sus misterios no hacía sino reafirmar la insignificancia humana. El agujero me atraía de un modo íntimo e inexplicable, y tuve que hacer un esfuerzo para no acercarme. En vez de asomarme al abismo, puse rumbo a casa, sintiendo un escalofrío cuando vislumbré el fulgor mortecino de las espigas.

Durante el breve trayecto que me llevó hasta casa, me giré continuamente, presa de una desagradable sensación. Pasé miedo, no me importa reconocerlo, y una parte de ese miedo se me metió tan dentro que arraigó en mi alma. Desprenderse del uno, significaría arrancar una parte de la otra.

Día segundo

Por la mañana, después de una noche en la que dormí poco o nada, fui a hacerle una visita a Sisebuto, para ver cómo estaba. Cuando llegué a su granja, había varios aldeanos charlando alrededor del agujero, y tuve que dar un rodeo para no cruzarme con ellos. Si lo hubiera hecho, les habría reprendido por pisar el trigo e invadir una propiedad privada; sin embargo, aunque yo soy el maestro, mi trabajo consiste en enseñar a los niños, no a sus mayores. Prefería, por lo tanto, pasar desapercibido, pues mi preocupación era el estado de Sisebuto y no la educación de sus paisanos.

Si queríamos volver a la normalidad, debíamos actuar con esa normalidad que demandábamos, pero en una aldea pequeña hasta un agujero en la tierra era un evento extraordinario. A plena luz del día, la oquedad no parecía brillar, al menos en la distancia.

EL HORROR QUE CAYÓ DEL CIELO

Probablemente, su débil luminiscencia tenía un origen orgánico o había sido provocada por una reacción química. Lo cual, a decir verdad, era bastante común en la naturaleza.

Mientras los aldeanos mantenían una anodina conversación, yo llamé a la puerta de Sisebuto, quien me abrió con la ropa que solía llevar cuando se ocupaba de las labores del campo. Me interesé por su salud, le pregunté cómo había dormido y, antes de que pudiera decirle nada más, se asomó por encima de mi hombro y contempló largamente el trigal. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor: había visto *algo*.

El anciano me apartó con su nudosa mano, los ojos clavados en la amarillenta extensión vegetal, y echó a andar hacia el trigo. Yo lo seguí — ¿qué otra cosa podía hacer?— y, tras llegar junto a él y observar de cerca las espigas, comprendí por qué las cogía en la mano con una pena infinita. Estaban secas, habían adquirido un tono grisáceo, y su grano se estaba desprendiendo.

Los aldeanos vinieron hacia nosotros y nos manifestaron lo que ya sabíamos, lo que Sisebuto había sentido antes de verlo: que la cosecha estaba enferma. Debatimos el asunto sin sacar nada en claro, ellos acogiéndose a la superstición y yo intentando racionalizarlo, mientras el principal afectado se mantenía en silencio, acariciando el fruto de su trabajo como si se tratara de un animal herido que pudiera sanar con paciencia y cariño. Pero aquello tenía peor remedio de lo que el anciano pensaba, pues no fue sino el primero de una serie de acontecimientos, a cada cual más funesto.

Los dejé allí, poco más podía hacer por ninguno de ellos, y no pude evitar aproximarme al agujero antes de marcharme del campo. El agujero..., el centro de la aldea desde que irrumpió por la fuerza en nuestras vidas, era una sima oscura como boca de lobo, insondable y siniestra. Su negrura parecía engullir los rayos del sol, absorbiendo la vitalidad de las espigas, y quién sabe si también la nuestra. Todas las esperanzas estaban agujereadas, todos los sueños. El abismo me devolvía la mirada.

Cuando cayó la noche, los cadáveres de las espigas fueron envueltos por un resplandor amarillento.

Día tercero

Aquella mañana me despertaron unos gritos. Unos gritos que, aventuré, provenían de la granja de Sisebuto. Salí a ver qué estaba pasando y me apresuré, dada la intensidad que estaban adquiriendo. Cuando tuve la granja ante mis ojos, no pude creer lo que estaba viendo. Perillán, cuyo campo lindaba con el de Sisebuto, le estaba acusando de haberle contagiado la cosecha. Los ancianos intercambiaban improperios y agitaban sus garrotes en el aire, como si se hubieran puesto de acuerdo para batirse en duelo. Antes de que la discusión fuera a más, tanto yo como los otros espectadores corrimos a separarlos.

Unos se llevaron a Perillán, que maldecía a voz en grito a su vecino, con quien siempre había mantenido una relación cordial, y otros acompañamos a casa a Sisebuto, donde lo sentamos en un sillón para que se calmara. El pobre anciano, con la respiración agitada, no paraba de repetir que él no tenía la culpa, y aunque no le faltaba razón, sus ojos estaban completamente idos y le temblaba un párpado. Al poco, su discurso se convirtió en una jerigonza incomprensible, y alguien fue a buscar al médico ante la perspectiva de que hubiera sufrido un ataque.

Mientras esperábamos al médico, salí a comprobar el estado de la cosecha de Perillán; efectivamente, su trigo estaba aquejado de la misma enfermedad que había arruinado el de Sisebuto. Las espigas se habían secado y empezaban a agachar la cabeza; pese a haber brillado al sol el día anterior, ahora estaban cenicientas.

Cuando vi al médico llegar, volví adentro y asistí a las pruebas que le hizo a un anciano totalmente perturbado. Tras descartar cualquier tipo de ataque, llevamos a Sisebuto a la cama para que descansara y regresamos a nuestras obligaciones. Yo a mis clases, que estaba descuidando demasiado, y los aldeanos a sus quehaceres cotidianos.

No debimos, sin embargo, haber dejado solos a los ancianos. Algo había contagiado sus campos, pero también a ellos. Los demás no podíamos sino mirar impotentes cómo las tierras y sus propietarios

adolecían, y cómo, cuando oscurecía, un sudario fosforescente amortajaba las espigas.

Día cuarto

La discusión de los ancianos fue el preludio a la tragedia. Aquella tarde me alertaron los gritos de Perillán y, al acudir a la granja de Sisebuto, contemplé horrorizado cómo los ancianos estaban enzarzados en una pelea. La escena era dantesca. Descargaban el garrote violentamente contra su vecino, sangrando profusamente y con los rostros destrozados. Antes de que pudiera llegar a separarlos, Sisebuto se desplomó, y Perillán, cubierto de sangre, se apoyó en sus rodillas hasta que recuperó el aliento. Luego, sencillamente, se marchó como si nada hubiera pasado. Y nos dejó un incómodo cadáver para que dispusiéramos de él como quisiéramos.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Los testigos del crimen, dada la magnitud del horror que acabábamos de presenciar, convocamos una reunión de urgencia antes de que la situación se nos fuera, aún más, de las manos. A los pocos minutos, más de la mitad de la aldea estaba reunida en la era.

Lo primero era informar a las autoridades del asesinato, o eso era lo que yo pensaba, puesto que muchos tenían una visión bien distinta del asunto. Yo daba por hecho que actuaríamos conforme a la legalidad, pero, para mi sorpresa, no todos eran de la misma opinión. Las voces más tradicionalistas querían arrojar el cadáver al agujero, y al final impusieron su criterio. Ni siquiera aceptaron someterlo a votación.

En ese momento perdí los nervios. Y el alcalde, viendo el cariz que estaban tomando los acontecimientos, me cogió del brazo y me llevó a un lado.

— Maestro, tú has llegado hace poco — me dijo—. Aquí no nos gusta la Guardia Civil, así que deja que lo solucionemos como toda la vida o saldrás malparado.

Su principal argumento era que si informábamos a las autoridades se armaría un escándalo. La familia de Sisebuto llevaba años sin venir por la aldea, y para

cuando denunciaran su desaparición, su cuerpo ya se habría descompuesto. De todos modos, dudo que recuperaran el cadáver, pues ese agujero parecía no tener fondo. Era curioso que aquellos que habían ignorado a Sisebuto ahora tuvieran la potestad de decidir qué hacer con sus restos.

A Perillán, por el contrario, no lo consideraron un peligro público. Como siempre había sido un anciano afable y voluntarioso, achacaron su homicidio a un trastorno producido por la enfermedad de su campo. Y esa conclusión propició la segunda decisión de la asamblea: alguien tenía que bajar al agujero para descubrir qué lo había provocado.

Se necesitaba un voluntario, y muchos de los hombres que antes sacaban pecho, ahora dieron un paso atrás y miraron al suelo. Y quien dio un paso adelante fue un pie muy pequeño. Una figura inesperada surgió de detrás de una tapia, donde había estado escuchándonos. Amelina, una de mis mejores alumnas, ágil y ligera como una ardilla, se presentó voluntaria con un valor con algo de inconsciencia que sonrojó a los adultos.

Los padres de Amelina se opusieron enérgicamente; pero, como sabían que su hija bajaría al agujero con o sin su permiso, prefirieron estar presentes cuando lo hiciera. Muchos dudaban de la capacidad de la niña para cumplir la misión que le habían encomendado, pero bajar a un hombre fornido hubiera resultado imposible por una cuestión de peso. Lo que a mí me preocupaba, sin embargo, era que la niña enloqueciera al exponerse directamente a las extrañas emanaciones del agujero.

Aunque, de todos modos, si algún mal moraba en el pozo, tarde o temprano todos acabaríamos padeciéndolo.

Una vez concluida la reunión, nos pusimos manos a la obra. Queríamos aprovechar las últimas horas de sol. Yo, huelga decirlo, no aprobaba lo que estaban haciendo, pero los acompañé por el bien de Amelina, por si podía ayudarla en algo. Mientras unos se fueron a buscar cuerdas y linternas, otros nos dirigimos al agujero, donde esperamos a los ausentes, embargados por un tenso silencio. Cuando llegaron con el material necesario, atamos a la niña de la

cintura y los hombros, para que no se desequilibrara y pudiera maniobrar con brazos y piernas, y la aseguramos con un par de cuerdas por si la primera se rompía. Después, le dimos la linterna más potente y la descolgamos poco a poco. La pequeña desapareció tierra adentro. El haz de luz de su linterna fue engullido con ella.

El plan consistía en ir bajándola hasta que ella indicara lo contrario o tocara suelo, y así procedimos durante un tiempo. Cuatro personas sujetábamos la cuerda, y dejamos que fuera ella la que marcara el ritmo. Los padres de Amelina estaban en el borde del agujero para hablar con su hija, y las preguntas que le hacían eran respondidas por el eco de su voz, cada vez más lejano. Llegados un punto determinado, cuando la niña debía de estar a una profundidad considerable y su voz era apenas audible, decidimos izarla al resultarnos imposible la comunicación.

Lo que nos contó era lo que muchos ya sabíamos: que las paredes eran de roca, que no se veía el fondo, y que el agujero estaba iluminado por una luz «como de luciérnaga», según sus propias palabras. El posterior interrogatorio al que la sometieron no aportó nada nuevo. Liberaron a la niña de sus arreos y esperaron a que sus padres se la hubieran llevado. Acto seguido, cogieron el cadáver de Sisebuto entre varios vecinos y lo arrojaron al agujero. Se escucharon varios golpes blandos cuando su cuerpo inerte rebotó contra las paredes, y con aquel gesto, terminó la vida del anciano.

Sin pronunciar unas palabras, sin dedicarle una triste oración, nos dispersamos hacia nuestros hogares. Pensábamos que el nuevo día arrojaría alguna luz sobre el asunto, pero fue la noche la que arrojó oscuridad sobre todos nosotros.

Estaba durmiendo profundamente, agotado tras los últimos acontecimientos, cuando un intenso zumbido me despertó. Me asomé a la ventana y, como las vistas no me revelaron nada, me decidí a salir al exterior para averiguar qué estaba pasando. Esta vez cogí un cuchillo, porque tenía los nervios alterados y así me sentía más seguro. Abrí la puerta y me dispuse a cruzar el umbral, pero un mareo me hizo perder el conocimiento durante un instante; por fortuna, acerté

a sujetarme de la pared antes de desplomarme. Me quedé allí, reflexionando sobre la pertinencia de seguir adelante; avanzar o retroceder. ¿Había sido una mera casualidad el haberme mareado justo en el umbral? ¿Era una señal que me instaba a quedarme en la seguridad de mi hogar? ¿Había, acaso, un Dios al que acogerse o un lugar en el que resguardarse? Avancé, cerré la puerta a mis espaldas, y me encaminé a la granja de Sisebuto. Ya no necesitaba seguir el ruido; sabía perfectamente de dónde venía...

El ruido era ensordecedor, pero también discontinuo. Un zumbido que crecía en intensidad hasta alcanzar su máxima cota, y disminuía hasta desaparecer por completo. Cuando enfilé hacia el campo de trigo, distinguí lo que estaba causando los zumbidos. ¿Me engañaban mis sentidos, o era presa de una alucinación fruto del cansancio o la exposición a las sustancias tóxicas que emanaban del agujero?

El trigal de Sisebuto, tenuemente iluminado por una insólita manifestación sobrenatural, estaba siendo escenario de un espectáculo blasfemo. De la boca del agujero estaban surgiendo, entre zumbidos de batir de alas frenéticos, unas criaturas que en la penumbra se antojaban enormes libélulas. Me quedé contemplando a aquellos seres, sin acertar a mover un músculo, y conté hasta un total de seis especímenes que se perdieron en la noche estrellada. Luego el ruido se apagó y un silencio sepulcral se adueñó del campo. Ni siquiera los grillos se atrevieron a cantar, suponiendo que quedara alguno vivo.

Día quinto

Hoy han venido dos guardias civiles. Se han paseado por la aldea, arriba y abajo, haciendo preguntas y yendo varias veces al agujero. Han venido a casa y han llamado a la puerta. Yo no les he abierto. Me he escondido por si la tiraban abajo, pero se han ido.

Después ha venido el alcalde a preguntarme por qué los había llamado. Me ha dicho que algunos querían lincharme, que ha tenido que pararlos. Sospecho que hay un episodio truculento relacionado con la Guardia Civil que nadie quiere contarme.

Relacionado con la guerra. De donde yo vengo las víctimas eran guardias civiles, asesinados en un bar por unos maquis. Debajo del uniforme todos son, somos personas. No importa el bando. Pero yo no he llamado a los guardias civiles. No recuerdo haberlo hecho. No he tenido tiempo, siempre he estado en la aldea, preocupándome por Sisebuto, por Amelina, por el agujero.

He expulsado al alcalde de mi casa. Que vengan a buscarme, que me cojan si pueden. Tengo cuchillos y mis propias manos. Podría, con ellas... podría matar. Si quisiera. O podría querer hacerlo, si fuera necesario. Amelina ha desaparecido. Eso me ha dicho el alcalde. Que si yo tenía algo que ver. Amelina... una de mis mejores alumnas. Que bajó al pozo. Y vio algo, pero se lo calla. Se lo callaba, porque ya no está. Quizá se haya ido volando.

Perillán no ha salido de casa desde que mató a Sisebuto. ¿Estará en casa o en el agujero? ¿Se habrá ido volando con Amelina? A mí no me engañan. Yo sé que me vigilan. Que no se fían de mí, que me miran raro. El maestro, dicen. Yo enseño a sus niños, los educo. He dejado a mi novia y a mi familia para venir aquí, y así me lo pagan. Acusándome de haber llamado a la Guardia Civil. De la desaparición de Amelina. Una de mis mejores alumnas.

No me encuentro muy bien, me duele la cabeza. Por eso no puedo salir a buscar a Perillán para ver si ha vuelto del planeta de las libélulas. Porque son de otro planeta. Ahora lo he entendido. Pero tengo que hacer un esfuerzo. Ir al agujero. Asomarme dentro. Saludar a Sisebuto.

Le he llamado, pero no me ha respondido. Tampoco he podido verle, porque ahí dentro está muy oscuro. Me he acostado en el borde, sobre las espigas muertas, y he metido el brazo. He tocado..., palpado. Ese es el verbo. He palpado las paredes de roca del agujero. Es piedra, no hay nada más. Pero brilla. Por la noche brilla el agujero, y también brilla el campo. Se extiende como una plaga. ¿Brillaré yo?

He venido a casa corriendo. Para que no me cogieran por sorpresa. Pero antes he visitado a Perillán. Me ha abierto la puerta. No brillaba, creo. Fingía ser el de siempre, pero yo sé que no. Está

conspirando con las libélulas. Y es posible que tengan a Amelina. Ella jamás se aliaría con unos insectos. Ni aunque fueran gigantes.

El alcalde no ha vuelto por aquí. No se atreve. Sabe que estoy preparado. Que me he dado cuenta de su juego. Quiere hacerme creer que me comprende, que está de mi lado. Pero solo ha venido para ver las armas que tengo. Ellos tienen escopetas, pero yo tengo mis manos.

Día sexto

Hoy ha venido el ejército. Soldados uniformados han tomado la aldea. Estos no han hecho preguntas. Han mandado a todos a casa. Yo me he asomado por la ventana, y un soldado me ha dicho que me metiera dentro y lo cerrara todo. Después de una hora se ha escuchado una explosión. Creo que ha sido el agujero. Sí, tiene que haber sido el agujero. Eso significa que ya no hay agujero. Las libélulas no pueden salir, ni tampoco entrar. Y Sisebuto está atrapado, pero no creo que le importe, porque está muerto. Yo quiero ir a verlo con mis ojos, con mis propios ojos. Pero tengo que esperarme, porque todo el mundo querrá ver el agujero, que ya no es un agujero. Ahora es tierra, o a lo mejor, un agujero más grande. No sé si la explosión lo tapará o lo agrandará. Lo comprobaré.

Los militares han estado todo el día en la aldea, haciendo guardia en la granja de Sisebuto. Pero, cuando se ha hecho de noche, se han marchado, y yo he conseguido salir de casa sin que nadie me viera. He reptado hasta el campo y he llegado al agujero, que ya no existe. El trigal tampoco. Ahora es una extensión desigual de tierra. Una hondonada de poca profundidad. Adiós, Sisebuto.

He buscado a Amelina por todas partes, pero no la he encontrado. Si las libélulas se la han llevado a su planeta, no podrá regresar porque ya no hay agujero. Espero que sea feliz allá donde esté. Una de mis mejores alumnas.

Yo voy a encerrarme en casa como me ordenaron los soldados. Debería dormir un poco, pero si entran cuando estoy durmiendo pueden cogerme desprevenido. Pero no lo harán. Porque soy más listo

EL HORROR QUE CAYÓ DEL CIELO

que ellos. Voy a poner muebles en la puerta. Eso haré. Y a tapiar las ventanas. Bloquearé todas las entradas y luego dormiré un poco. Solo un poco.

No puedo dormir. No puedo. Hay algo que se arrastra por debajo de la casa, y zumba y rasca y roe y gime como un ratón demasiado grande, o un demonio del inframundo.

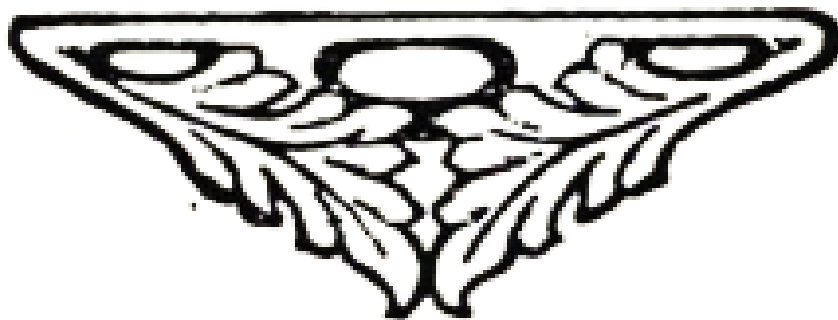
Día séptimo

El alcalde ha estado llamando a mi puerta. Pobre idiota. Se creía que iba a estar abierta para él, o que yo iba a abrísela. Tengo que escapar de aquí. No puedo quedarme cuando todos me odian, pero ¿yo qué les he hecho? Me ha dicho que han encontrado a Amelina. Que estaba vagando por el monte. Que ha enloquecido. ¿Y quién no está loco, quién puede soportar los agujeros de su vida? Lo siento por ella, lo siento *tanto* por ella. Hubiera sido feliz en el planeta de las libélulas, volando por el espacio, tocando el infinito con la punta de los dedos. Pero ahora tiene los pies anclados a la tierra y la llaman loca porque

es diferente al resto. Pero ¿cómo no va a ser diferente si ha bajado a los abismos? Yo solo metí un brazo y no me encuentro entre tanto pensamiento. Y lloraría, o gritaría, o saldría corriendo, pero ¿de qué serviría eso?

Huir de uno mismo. Toda la vida. Es un círculo. Empieza donde acaba y acaba donde empieza. Y volver a empezar o a acabar, que es lo mismo. Así una y otra vez. Amelina, una de mis mejores alumnas. Y el viejo Sisebuto, ya olvidado. Y todo porque *algo* cayó del cielo y no supimos entenderlo. Y las libélulas revolotean en nuestras cabezas y nos vuelven locos para los que creen estar cuerdos. Le atamos una cuerda y ha perdido la cordura. Pero yo la sujetaba. Para que no se cayera. Una de mis mejores alumnas. Arriba hay luz y abajo está oscuro, pero, cuando arriba oscurece, es mejor entregarse a la oscuridad familiar que exponerse a la desconocida.

He visto a Perillán, de pie en mitad de su campo. Quieto. Brillando. Se comporta de forma extraña. Tengo que matarlo.





Hola, Nuria.

Te escribo por correo a tu cuenta profesional porque creo que me tienes bloqueado en todas partes. No te lo recrimino, razones no te faltan. Sé que prometí no volver a hablarte nunca, pero lee esto hasta el final, por favor.

He hecho algo horrible. ¿Recuerdas que, cuando aún estábamos juntos, empecé a coleccionar plantas? Después de la ruptura me volqué más en ello. El caso es que, hará cosa de dos o tres semanas, conseguí por internet semillas de una planta exótica de la que no había oído hablar en mi vida: «rumores del sueño». La busqué, pero no encontré nada sobre ella. Las semillas las regalaba en un foro alguien que se hacía llamar «El_hombre_enredado». Creo que mencionando ese nombre sí querrás seguir leyendo.

Las semillas venían junto a unas instrucciones extrañas. Ponia que la maceta debía estar en el dormitorio y que no necesitaba agua, solo contarle tus secretos, que eso ayudaría a forjar un vínculo de confianza con la planta y, así, ella revelaría los suyos. No me pareció más que una nota hippie, pero igualmente la puse en mi mesita de noche y le hablé de ti. No es la primera vez que hablo con una planta,

ya lo sabes. Pero fue... distinto. No sé bien por qué lo hice, aunque tampoco tenía motivos para no hacerlo. Supongo que, en el fondo, sabía que me vendría bien verbalizarte; desde que te marchaste, no he querido hablar con nadie sobre ti. Al principio me sentí estúpido, ¿sabes? Pero, cuanto más lo hacía, más natural me resultaba. La planta creció rápidamente, en pocos días ya debía medir unos cinco centímetros. Era de un verde intenso con motas moradas, era fascinante. El día que las manchas comenzaron a convertirse en espinas, soñé con ella por primera vez.

Ayer me encontré con tu hermano. Fue incómodo al principio, pero creo que todavía me apreciaba un poco. Estuvimos bebiendo. Me dijo que no te encuentras muy bien. La conversación que tuvimos es la razón que me ha llevado a ponerme en contacto contigo.

En el sueño aparecías tú. Íbamos en coche, de excursión a no sé dónde. Era un camino de tierra que atravesaba un monte. Se te veía feliz, me gustó ver de nuevo tu sonrisa. Hablábamos, no recuerdo de qué, pero los dos nos llevábamos bien, como antes de que yo lo jodiera todo. El camino daba a un claro en el que había una casa de piedra. Bueno, creo que era de piedra, porque toda la fachada estaba cubierta de

enredaderas, incluso el techo. Lo extraño era que esas enredaderas no tenían hojas. No quedaba un solo centímetro de los muros a la vista, era una imagen realmente bonita. Señalaste la casa, creo que estabas a punto de decirme algo, pero el sueño se acabó en ese momento. Cuando desperté me sentí aturdido y triste, echándote de menos como nunca, y me sorprendió ver que la planta, durante la noche, había crecido el doble de su tamaño. Me di cuenta de que no tenía ni una sola hoja, que era solo un tallo con espinas, como las del sueño. No me pareció raro haber soñado con ella; era la novedad más reseñable de mi vida desde hacía mucho tiempo. Se

lo conté todo, le dije cómo me sentía, y eso me hizo bien. Pero a la noche el sueño se repitió de nuevo, volvía a estar contigo en aquel claro, frente a la casa de las enredaderas sin hojas. En ese segundo sueño llegamos a entrar. Tú parecías emocionada por hacerlo, casi tirando de mí. Descubrimos que no había puerta, tan solo un hueco por el que podíamos pasar. Estando ya tan cerca de los muros, pude ver que los tallos estaban cubiertos de espinas moradas. Recuerdo un salón con muebles antiguos. Sus estanterías estaban llenas de unos libros tan viejos que podrían deshacerse con solo mirarlos. Algunas raíces y tallos recorrían el suelo, las paredes y el techo.

Comenzamos a explorar. Tú querías que lo hiciésemos por separado y yo te obedecí. Avancé por diversas habitaciones, todas semejantes, y en cada una de ellas había más estantes con libros antiguos, acompañados por las omnipresentes raíces. Pude ojear algunos volúmenes; parecían tratados sobre herbología, pero muy extraños. Me recordaron al *Manuscrito Voynich*, no sé si te suena.

Entonces escuché tu risa. Te busqué, pero fui incapaz de encontrarte. Intenté dar contigo durante horas por el interior de aquella casa, pero solo podía oírte reír.

Desperté con una sensación horrible, comparable a una mala resaca. Sentí muchas ganas de escribirte, pero me contuve. La planta era más grande y se había dividido en unos cuatro o cinco tallos, que se

desbordaban de la maceta hasta casi tocar la mesita de noche.

Los demás sueños fueron prácticamente iguales. Volvía a estar contigo en el interior de aquella casa; solo que ya no parecías la misma de antes: ahora estabas enfadada todo el tiempo, más fiel a lo último que recuerdo de tu «auténtico yo». Te sentía tan real en esos últimos sueños... En todos ellos tratábamos de encontrar la salida, pero resultaba imposible. El interior de la casa se había convertido en una sucesión infinita de pasillos y habitaciones sin ventanas. Antes he dicho que esos sueños eran iguales, pero no es completamente cierto; cada noche, las plantas verdes de espinas moradas invadían más y más los muros internos de la casa, y la arquitectura iba perdiendo toda lógica. Resultaba angustioso, yo cada día me despertaba peor, y cada mañana la planta se hacía más grande y con más tallos, hasta llegar a abrazar por completo la mesita de noche. Pese a todo, creo que lo peor era tu constante mirada de asco y decepción.

El último sueño ha sido esta noche. Pasando a través de toda la maraña retorcida de plantas, pasillos y habitaciones, llegamos a los pies de una escalera ascendente. Como era la primera variación notable en aquel intrincado laberinto, decidimos subir por ellas, esperando dar con alguna salida.

Lo que encontramos, sin embargo, fue una sala muy diferente a todo lo anterior. Libres de plantas, sus paredes estaban cubiertas por un papel amarillo algo envejecido. Era un espacio diáfano y grande, vacío salvo por la inquietante decoración de los muros: cabezas de animales, expuestas como trofeos de caza. Todos tenían alguna clase de deformidad o mutación que los hacía parecer irreales: un jabalí con cinco ojos asimétricos, un ciervo con dientes similares a los de un cocodrilo... Ya sabes a lo que me refiero. Los dos queríamos irnos de allí, estábamos desesperados, pero solo podíamos seguir avanzando por una puerta que se encontraba al otro extremo de la habitación. Había una frase tallada sobre esa puerta, la recuerdo: «venerad al hombre enredado».

Entramos a una amplia buhardilla plagada de trastos, baúles y muebles como los de las demás

habitaciones de la casa, pero todo parecía normal. Una rotura en el tejado servía como tragaluz, y verla bastó para alegrarnos. Incluso sonreíste y me abrazaste. Aún puedo sentir ese abrazo.

La apertura del techo quedaba al fondo de la buhardilla y, para llegar, teníamos que atravesar un laberinto de objetos apilados y mamotretos varios. Tuvimos la idea de hacer una montaña con los trastos bajo la rotura para salir de allí, pero, al llegar hasta allí, nos encontramos con él. Vimos al hombre enredado.

Estaba sentado en una mesa larga de madera oscura. Frente a él tenía un libro abierto, muy parecido a los que había ojeado en el otro sueño. Puedo recordar perfectamente su cuerpo momificado, correoso. Y que su esqueleto, visible donde le faltaba piel, estaba cubierto de líquenes.

Pero lo más aterrador eran las plantas. Las plantas, idénticas a las que invadían toda la casa, a la que tenía en mi habitación, le crecían desde dentro y se abrían paso hacia el exterior a través de ojos, piel y boca. Sus brazos colgaban a ambos lados del cuerpo, y los tallos que salían de ellos... era como si fuesen sus propias venas queriendo abandonar el cuerpo. Caían en cascada al suelo y reptaban, llegando hasta las paredes y el techo. Desaparecían por la misma abertura que pretendíamos utilizar nosotros para escapar.

Si has llegado hasta aquí, con los detalles que he dado, ya no te debería quedar ninguna duda de que estoy hablando en serio. Tu hermano me dijo que habías estado durmiendo mal, que habías tenido pesadillas relacionadas con una casa extraña llena de plantas en la que estaba yo también. Que te despertabas cansada y con malestar.

Se me hace raro preguntarte esto, pero ¿te acuerdas del susto que nos pegamos cuando las plantas que salían de los brazos del hombre enredado se tensaron, alzándolo como si fuese una marioneta?

Eres la única persona con la que puedo hablar de esto. No me quito de la cabeza la imagen de las plantas tirando de ese cuerpo maltrecho como flagelos violentos, zarandeándolo igual que harían unos niños

peleándose por algún juguete. O, quizás, era él quien las movía, no sabría decirlo con certeza. Te he dicho antes que aún puedo sentir el abrazo que me diste en el sueño. Bueno, pues no es lo único. Supongo que te debe pasar lo mismo, que todavía notas las plantas creciendo alrededor de nuestros cuerpos, apresándonos al mismo tiempo que el hombre enredado se sacudía en el aire. Vi que te sucedía lo mismo que a mí, que las plantas abrían tu mano y te clavaban una espina en la palma. Las plantas desgarraron al hombre enredado y todo se llenó de unos látigos verdes y morados que salieron de su interior. Y ahí me desperté. ¿Despertaste tú también en ese momento?

La mano me escocía, realmente tenía una herida. La planta había crecido tanto que uno de los tallos ya llegaba hasta la cama. Supuse que debí darle un manotazo mientras dormía y que esa sensación interfirió en el sueño, provocándome la pesadilla. Quise engañarme de esa manera, pero no tardé en oír las voces. ¿Tú las oyes? ¿Tienes también una herida en la mano? Imagino que sí. Me quema, y va a peor. El ardor se extiende por todo el cuerpo, incluso mientras te escribo esto. La única manera de amortiguar las voces es con ruido blanco, no soporto lo que me dicen todo el rato: «ahora tú eres el hombre enredado». Pero el dolor es implacable, creo que ya lo sabes. ¿Notas, al igual que yo, cómo algo crece desde tus tripas y se enrosca bajo tu piel? Es tan desagradable. Tendría que haberme deshecho de la planta después de ver a tu hermano, pero no fui capaz de hacerlo, hay una conexión demasiado fuerte entre nosotros. Siento muchísimo haberle hablado de ti. Por mi culpa te has visto metida en esto, Nuria, de verdad que lo siento.

No sé qué va a ser de mí, de nosotros. No quiero pasar solo por esta situación. Ven, por favor, te lo suplico. Y perdóname.

PD: Me estoy mirando la herida de la mano. Parece que dentro hay algo muy pequeño que empieza a crecer, algo verde.



Observé cómo la marea se retiraba bajo esa luna en declive, y vi resplandecer los chapiteles, las torres y los tejados de esa ciudad muerta y goteante.

Mientras miraba, mi olfato tuvo que debatirse contra el sobrecogedor olor de los muertos del mundo; ya que, en verdad, en ese lugar ignoto y olvidado estaba toda la carne de los cementerios, reunida por hinchados gusanos marinos que roen y se atiborran de ella.

Howard Phillips Lovecraft, «Lo que trae la luna».

— Y dices que todo lo que hiciste fue por culpa de ese viejo puñal — el viejo doctor Manuel Álvarez Mencía revisó una vez más el expediente de Silván Valenzuela, que lo miraba fijamente desde detrás de las rejas—. ¿Es acaso tu forma de alegar enajenación?

— No, ¡no! ¡No me has entendido! — Valenzuela toqueteaba nerviosamente con sus manos en los reposabrazos de su asiento— No es el puñal, sino *aquello* que habla a través del puñal.

— ¿Hablar? — Álvarez arqueó una ceja, tratando de mantener su tono profesional, aunque una sombra

de curiosidad se filtraba en su voz—. ¿Estás diciendo que el puñal te habla? ¿Que escuchas voces?

Valenzuela asintió, sus ojos brillando con una mezcla de miedo y desesperación.

— Sí, pero no es una voz cualquiera. Es... antigua, poderosa. Como si viniera de un tiempo y lugar que ya no existen. Al principio pensé que era mi imaginación, un eco de mis propios pensamientos. Pero no, doctor. Era algo más, algo que se metía en mi mente y me obligaba a hacer cosas.

— ¿Y qué clase de cosas? — preguntó Álvarez, inclinándose ligeramente hacia adelante, sin perder de vista ni por un segundo los gestos de su paciente.

Valenzuela tragó saliva, sus manos visiblemente temblorosas.

— Me obligaba a buscarla... a esa mujer. No sé quién es, pero el puñal me susurraba su nombre. Me decía dónde encontrarla, qué decirle, cómo hacer que confiara en mí. Y cuando lo hizo... — Valenzuela bajó la cabeza, su voz quebrándose—, cuando por fin bajó la guardia, el puñal me ordenó...

— ¿La mataste? — Álvarez intervino, su tono ahora más frío, tratando de mantener el control de la sesión.

Valenzuela alzó la vista, sus ojos llenos de lágrimas.

— No quería hacerlo. Juro que no quería. Pero sentí sus manos guiando las mías, forzándome a levantar el puñal y...

El silencio que siguió fue insoportable. El doctor Álvarez miró el expediente una vez más, las palabras impresas en el papel ahora cargadas de un peso diferente. Los detalles del caso, antes meras anotaciones clínicas, ahora parecían gritarle, exigiéndole que tomara una decisión.

— Valenzuela — dijo finalmente—, lo que estás describiendo es un caso muy serio de psicosis o una alucinación extremadamente vívida. Pero necesito que seas sincero conmigo. ¿Realmente crees que este puñal tiene algún tipo de poder sobre ti? ¿O es posible que todo esto sea una construcción de tu mente para justificar lo que hiciste?

Valenzuela lo miró fijamente, sus ojos oscuros e insondables.

— No es una construcción, doctor. Ese puñal... no es de este mundo. Es antiguo, más viejo que cualquier cosa que podamos imaginar. Y lo que me habla a través de él... no es humano. No estoy loco, doctor. Solo soy una víctima.

Álvarez suspiró profundamente, cerrando el expediente y poniéndose de pie.

— Eso es algo que deberé decidir, Valenzuela. Y pronto. Por ahora, descansa. Hablaremos más mañana.

Cuando el doctor salió de la sala, una sensación inquietante se apoderó de él. Aunque todo en su formación le decía que Valenzuela era un enfermo

mental, una pequeña parte de su mente no podía dejar de preguntarse: ¿Y si lo que decía era verdad? Fue entonces cuando la visión de una persona conocida lo sacó de su trance: era Sara, la madre de Valenzuela. Sus ojos estaban enrojecidos, al igual que sus pómulos y mejillas. Apretaba los dientes, tratando de contener unas emociones que la desbordaban.

— Doctor, dígame con sinceridad, ¿está bien mi hijo?

El doctor se ajustó las gafas, tratando de disimular su nerviosismo.

— Es... peor de lo que pensaba — dijo finalmente el psicólogo—. Aún estoy barajando el posible diagnóstico. Ya que está usted aquí, ¿podría decirme si, en los últimos años, ha visto algo en el joven Silván que le haga sospechar que pueda tener algo así como una... personalidad secundaria?

— ¿Personalidad secundaria? ¿Cómo una doble personalidad? No... mi Silván siempre ha sido un buen chico... ¡mi Silván es bueno! ¿Qué le han hecho a mi Silván?!

Sara estalló a llorar incontrolablemente. Comprendiendo que no era buen momento para seguir con sus preguntas, optó por marcharse de una vez de la comisaría donde retenían a Silván Valenzuela. La luz de la luna abrazó al doctor, que seguía abstraído, tratando de hallar coherencia en medio de aquel extraño caso.

En verdad, el perfil de Silván no era el de un criminal. Era un chico deportista, sociable, con un entorno familiar sano y que siempre estaba rodeado de buenos amigos. Era cierto que tenía su temperamento, pero nada que hiciese augurar semejante desenlace. El doctor Álvarez Mencía había repasado una y otra vez su expediente, pero todo parecía en regla. Tan solo había dos posibilidades: o bien que hubiese estado ocultando su psicopatología, o bien que esta se hubiese detonado de repente.

Bueno, en realidad había una tercera opción, pero, ¿quién daría credibilidad a aquella alocada confesión? Aquel puñal solo era un trozo de madera o hueso como otro cualquiera, era ridículo contemplar la posibilidad de que tuviese una personalidad propia, y mucho más lo era pensar que

podiera incitar a alguien al homicidio. Parecía algo salido de un cuento de terror, tal vez de alguna loca historia de Edgar Allan Poe o Arthur Machen. De todas formas, ¿de dónde había salido aquel puñal?

Tan absorto iba el Doctor Álvarez que a punto estuvo de atropellarle un coche. O eso creyó él, pues de pronto el coche se detuvo y la conductora, una joven latina, bajó la ventanilla.

— ¿Qué tal le va, viejo loquero? — la mujer le saludó con un brazo repleto de tatuajes— Como siga en su mundo, algún día no va a llegar a casa de una pieza.

— Josefa María... — masculló entre dientes el psicólogo.

— Por favor, ya sabe que quiero que me llamen «Pepita María Luz de los Astros, especialista en lo sobrenatural y lo bizarro» — la chica hizo un gesto dramático.

El doctor Álvarez Mencía suspiró.

— Si tus difuntos padres te vieran ahora me matarían por haber permitido que tomases esos derroteros. ¿No te basta con decir simplemente que eres una tarotista, como hacen todas las colgadas de tu gremio?

— ¿Por qué ustedes los españoles son tan aburridos?

— No somos solo los españoles, estoy seguro de que si te viera tu padre te diría lo mismo o peor. En fin, vayamos a casa.

Ambos se subieron al coche de Pepita María, un destartado Citroën C3 que despedía un leve olor a incienso y tenía colgando del retrovisor una docena de amuletos y medallas. La joven encendió el motor y, con una sonrisa que revelaba sus dientes perlados, aceleró por las estrechas calles del barrio.

— Entonces, viejo loquero, ¿qué te tiene tan absorto? — preguntó Pepita, echando un vistazo rápido al doctor mientras tomaba una curva.

— Nada que te importe, Pepita — respondió Álvarez, intentando disimular su incomodidad—. Solo es un caso complicado.

— ¿Complicado? — replicó ella con una ceja arqueada—. Vamos, no me subestimes. Ya sabes que soy buena descifrando tus preocupaciones.

El doctor suspiró, sabiendo que era inútil tratar de esconder algo de Pepita. A pesar de su excentricidad, la joven tenía un agudo sentido para leer a las personas, algo que había heredado de su abuela, una renombrada santera cubana que tenía fama de ser capaz de ver cosas más allá del velo de la realidad.

— Es sobre un paciente — admitió finalmente—. Un joven, Silván Valenzuela. Dice que un puñal antiguo le habla y lo obliga a hacer cosas terribles. Asesinó a una mujer, o al menos eso cree. El problema es que... su relato es tan detallado, tan coherente, que no parece producto de una mente desquiciada.

Pepita frunció el ceño, su tono de broma desvaneciéndose al instante.

— ¿Un puñal que habla? — murmuró pensativa—. ¿Tienes el objeto?

— No, está en custodia como evidencia. Lo que me preocupa es que, a pesar de todo lo que sé, no puedo descartar por completo la posibilidad de que algo más esté en juego. ¿Has oído hablar de algo así?

Pepita se quedó en silencio un momento, mientras su mente rebuscaba en los archivos de conocimientos esotéricos y leyendas que había recopilado a lo largo de los años.

— Hay historias — dijo finalmente—, historias antiguas, de objetos malditos o poseídos por entidades de otros planos. No es tan común, pero tampoco es imposible. Los objetos pueden absorber energías, especialmente aquellos que han sido utilizados en rituales o sacrificios. Si ese puñal es tan antiguo como dices, es posible que haya sido usado en algo que dejó una huella profunda en él. Algo que podría haber despertado después de tanto tiempo.

El doctor Álvarez no pudo evitar un escalofrío al escuchar esas palabras, aunque trató de mantener su escepticismo.

— ¿Estás sugiriendo que el puñal está... vivo?

— No vivo, exactamente. Pero sí... consciente, de alguna manera. Una herramienta de alguna fuerza más allá de nuestra comprensión. — Pepita se encogió de hombros—. O puede que el pobre chico esté perdiendo la cabeza. Pero si quieres mi opinión profesional, diría que deberías echarle un vistazo a

ese puñal. Puede que no sea tan simple como un caso de psicosis.

El doctor tragó saliva. La idea le parecía descabellada, pero, aun así, le perturbaba.

Tras unos minutos que se hicieron eternos deambulando por calles pobremente iluminadas, el vehículo llegó finalmente al chalet del doctor. La puerta mecánica de la cochera se abrió y, tras dejar resguardado el viejo Citroën, salieron un rato a sentarse en porche, disfrutando de la suave brisa nocturna que les acariciaba el rostro. Lo único que se podía escuchar por encima del sonido de su aliento era el cantar de los grillos.

— Doctor, ¿cree que papá y mamá están allí? — dijo Pepita María, rompiendo el silencio.

— ¿Por qué me lo preguntas a mí? — respondió el doctor, con una cierta incomodidad—. Me gustaría decirte que sí, pero...

— Pero es un hombre de ciencia, sí, lo sé. — la joven guardó unos instantes de silencio—. En fin, el puñal, ¿tiene alguna foto? ¿algo que pueda ver? Quizás así pueda ayudarle.

El doctor Álvarez suspiró, sabiendo que, aunque la idea le parecía absurda, Pepita tenía un conocimiento que él no podía ignorar por completo.

— No tengo fotos del puñal conmigo — dijo finalmente—. Pero podría conseguir las. Sin embargo, Pepita, no quiero que te hagas muchas ilusiones. Es probable que, al final, todo esto se trate de un caso de psicosis grave.

— Lo entiendo, doctor — respondió ella, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Pero, ¿qué pierdes con dejarme echar un vistazo? A veces, lo inexplicable tiene sus propios caminos para mostrarse.

El doctor asintió, levantándose del asiento.

— Voy a intentar conseguir esas fotos. Mañana me pondré en contacto con la comisaría para ver si pueden enviármelas, aunque lo fácil es que no me las faciliten, dado que ese puñal es la prueba del crimen de un presunto homicidio. Y, de todas formas, no le des demasiadas vueltas, esto podría ser solo una falsa alarma.

Pepita se encogió de hombros.

— Falsa alarma o no, mi intuición me dice que hay más de lo que parece. — Se levantó también, estirando los brazos hacia el cielo estrellado—. Pero bueno, veremos qué nos trae mañana. Por ahora, es mejor descansar.

Ambos entraron en la casa, despidiéndose brevemente antes de retirarse a sus habitaciones. Pero mientras Álvarez se deslizaba bajo las sábanas, no podía evitar que su mente volviera una y otra vez a la imagen de aquel puñal y a las palabras de Silván Valenzuela. ¿Y si Pepita tenía razón? ¿Y si lo que había creído imposible... era, de algún modo, real?

El doctor cerró los ojos, intentando convencerse de que todo no era más que un cúmulo de coincidencias. Pero la inquietud seguía allí, persistente, como un susurro en la oscuridad de su mente. Tal vez fue aquello lo que hizo que Álvarez volviese a soñar con aquel momento, aquel instante fatídico Manuel Morales y su esposa Juana salieron para no volver. Morales, ese era el verdadero apellido de Pepita María, y no aquella bobada de «Luz de los Astros» que había ideado como parte de su personaje. Fue una noche como aquella, una brisa suave arrastraba el criar de unos grillos enfebrecidos. Los grillos. La abuela de Pepita, que en paz descansa, siempre decía que el sonido de los grillos arrastraba consigo las voces y los lamentos de los difuntos. O de algo peor. Una vez, la vieja cubana llegó a mencionar un antiguo libro árabe, el Kitab Al-Azif, cuyo título significaba textualmente «el rumor de los insectos por la noche» y que contenía encantamientos relacionados con la muerte y la locura.

La santera mencionó un fragmento, que muchos estudiosos habían pasado por alto y que se había perdido en las versiones en otros idiomas debido a diversos errores de traducción. Era una pequeña pero significativa referencia a los grillos que tan solo aparecía en la versión original en árabe. Los grillos podían servir como «medium» para traer a este plano *algo que no es de este mundo*.

Demasiada superstición, a Álvarez le daba vueltas la cabeza. El sueño cambió para mostrar la escena del coche de los Morales, siniestrado. Había sido un accidente extraño, nadie había visto lo ocurrido, fue

casi como si el coche hubiese aparecido ahí de la nada. Lo cierto es que el coche, en llamas, apareció siniestrado contra un árbol, con su interior completamente vacío. No había rastro de Manuel y Juana. Lo único que había allí era *un pequeño puñal de color sanguinolento, que parecía palpar con vida propia...*

El doctor Álvarez se despertó sudoroso y sobresaltado. ¿Estaba el puñal en el lugar del accidente? ¿Cómo podía haberlo olvidado? No... no podía ser. Era su mente jugándole malas pasadas. Antes de acostarse había estado dando vueltas a ambos asuntos, es por eso que en el sueño habían acabado por fusionarse en uno solo. Pero solo había sido eso, un sueño. De hecho, ni siquiera sabía cómo era el puñal, lo que había presenciado había sido un engaño urdido por su imaginación desbocada.

— Maldita sea — murmuró el psicólogo, esbozando una sonrisa.

La mirada de Álvarez deambuló hacia un rincón de la habitación. Allí estaba aquella foto, la misma que tenía de fondo de pantalla en su móvil. Aquella en la que posaba alegremente junto a los Morales, acompañados por una Pepita aún niña. En un lateral estaba la abuela, con su habitual e inescrutable expresión, propia de alguien que sabía más de lo que transmitía con palabras. De una persona cuyos inefables secretos la acompañaron a la tumba. ¿Qué le habría dicho de este caso si estuviese viva? Al margen de sus alocadas ideas, aquella mujer parecía tener un sexto sentido. Tal vez Pepita lo había sacado de ella.

El doctor Álvarez trató de retomar el sueño, pero le fue imposible. Las pesadillas y las apneas lo atormentaban cada vez que el sopor parecía dispuesto a invadirlo, haciendo aquello un auténtico suplicio. Resignado, se levantó de la cama y decidió intentar hacer algo de provecho.

Tras calzarse las pantuflas, salió el pasillo y pasó a hurtadillas frente a la puerta de la habitación de Pepita, tratando de no despertarla. Con cuidado subió al piso de arriba del chalet, donde le esperaba un pequeño despacho. Se sentó y sacó de un cajón el expediente de Valenzuela, tratando de encontrar algo

que le pudiese ayudar a atar cabos, ¡lo que fuese! Comenzó a pasar páginas compulsivamente, mientras su mano derecha jugueteaba con un boli. El boli se le escapó y rodó sobre uno de los folios que tenía extendidos sobre la mesa. Tal fue la casualidad que se detuvo junto a cierta línea a la que, hasta el momento, Álvarez había prestado atención:

«Suele pasar tiempo en una tienda de antigüedades de la calle Alfonso V»

Al psicólogo se le escapó una exclamación triunfal. Ahí estaba, el hilo del que podía tirar. Dado que la policía sin duda se negaría a facilitarle las fotografías, tal vez podía preguntar al anticuario. Una corazonada le decía que allí era donde Valenzuela había accedido a aquel siniestro objeto.

— ¿Qué le pasó, viejo loquero? — preguntó Pepita, entrando en la estancia con rostro cansado— ¿Qué diablos fue ese grito? ¿Estaba de brete con alguien?

— Perdona, Pepita, digamos que me he entusiasmado más de la cuenta —dijo Álvarez, recobrando la compostura—. Olvidate de la policía, tenemos un anticuario al que visitar.

Pepita frunció el ceño, aún medio dormida, pero el entusiasmo en la voz del doctor Álvarez Mencia la hizo despertar completamente.

— ¿Un anticuario? — preguntó, mientras se estiraba y se acomodaba en la silla frente al escritorio—. ¿Qué tiene que ver con el caso?

— Valenzuela solía frecuentar una tienda de antigüedades en la calle Alfonso V —explicó Álvarez, sus ojos brillando con una mezcla de determinación y emoción—. Creo que allí es donde encontró el puñal. Si conseguimos información del anticuario, podríamos descubrir algo crucial sobre el objeto y su historia.

Pepita asintió lentamente, comprendiendo la importancia de la nueva pista.

— Perfecto —dijo—. Entonces vamos a prepararnos. La tienda debe abrir temprano, así que necesitamos estar allí antes de que el dueño se sumerja en su rutina diaria. Además, si el puñal tiene

alguna historia oscura, el anticuario podría saber más de lo que aparenta.

Ambos se dispusieron a prepararse para la visita. Mientras Álvarez se dirigía a la cocina para hacer un café, Pepita revisó rápidamente sus notas y preparó un pequeño kit de herramientas esotéricas que siempre llevaba consigo, por si acaso. Aunque era una tarotista por vocación, su abuela le había enseñado que la preparación nunca está de más, especialmente cuando se trataba de lo desconocido. Una vez lista, se reunió con el psicólogo en la cocina, tomaron una taza de café y, tras ponerse la chaqueta, ambos salieron al vestíbulo.

— Vamos, entonces — dijo el doctor—. La verdad es que estoy ansioso por saber qué más descubriremos. Eran las ocho y media de la mañana cuando ambos salieron del chalet y se dirigieron al Citroën C3 de Pepita. Mientras se adentraban en la noche, el doctor Álvarez se preguntaba si estaba acercándose a una verdad inquietante o simplemente a una ilusión tejida por la desesperación de su paciente. Sin embargo, su curiosidad, así como su compromiso con la verdad, lo mantenía en marcha.

La tienda de antigüedades de la calle Alfonso V era un establecimiento pequeño y polvoriento, repleto de objetos que parecían tener más historia de la que cualquier catálogo podría contar. Cuando llegaron, la luz del alba empezaba a bañar la calle, y el anticuario aún estaba preparando su tienda para el día.

Álvarez y Pepita entraron, siendo recibidos por el sonido de una campanita que colgaba sobre la puerta. El anticuario, un hombre mayor con un rostro surcado por arrugas y una expresión que parecía contar historias de épocas pasadas, los miró desde detrás de un mostrador lleno de objetos antiguos.

— Buenos días — dijo Álvarez, tratando de sonar tan formal como le fuera posible—. Soy el doctor Álvarez Mencía, psicólogo. Y esta es mi ahijada, Josefa María Morales. Venimos a hacer algunas preguntas sobre uno de sus objetos, en particular sobre un puñal antiguo.

El anticuario levantó una ceja, su mirada volviendo a escudriñar a ambos visitantes con un toque de cautela.

— Un puñal antiguo, dices — murmuró el hombre, mientras se limpiaba las manos en un trapo viejo—. Tengo muchos puñales antiguos. ¿De cuál estás hablando?

El doctor Álvarez se tomó un momento para pensar.

— ¿Tienes un papel y un lápiz? — preguntó finalmente— O un boli. También me sirve.

El anciano rebuscó entre sus posesiones y tomó entre sus manos temblorosas una libreta y un bolígrafo rojo. Rojo, qué apropiado. Álvarez los tomó, dándole las gracias, y se puso a dibujar. Nunca había visto el puñal, al menos que él recordase, así que decidió seguir una corazonada y dibujar el que había visto en el sueño. Pepita y el anticuario siguieron con atención cada movimiento, cada trazo. Cuando terminó y se lo entregó al anciano, este pareció reconocerlo al instante.

— Sí, lo he visto y sé de él, aunque debo decir que es un objeto que nunca ha estado en mi posesión — aclaró—. Una vez vino a enseñármelo un chico.

— ¿Silván Valenzuela?

— No sé, creo que no me dijo el nombre. Y, aunque me lo hubiera dicho, dudo que pudiese recordarlo. Al fin y al cabo, fue hace mucho tiempo. Pero ese puñal... no lo olvidaré hasta el día de mi muerte.

— ¿De cuánto tiempo estamos hablando? — preguntó el psicólogo, intrigado.

— Pues no sé... tal vez unos veinte años. Si no recuerdo mal, lo trajo un chico latino para preguntar por él.

Chico latino. Veinte años. Nuevamente se formó una inquietante conexión en la mente del doctor Álvarez. En el fondo, sentía que aquello era irracional, que simplemente se estaba dejando llevar por imaginaciones y meras conjeturas. Pero, por otro lado, sabía que no perdía nada por probar. Tomó su móvil y desbloqueándolo, le mostró al anticuario su fondo de pantalla, con aquella foto de la familia Morales.

— Por casualidad, ¿reconoce al chico?

La mirada del anciano se iluminó y su dedo huesudo se posó sobre la pantalla. Sobre la foto de Manuel Morales.

— Si... este es, estoy casi seguro de ello.

Álvarez, con un nudo en el estómago, dirigió la mirada hacia Pepita, que parecía seguir con interés la conversación. No pudo apreciar en ella ningún signo de alteración o inquietud ante aquella revelación, lo cual le hizo preguntarse si la joven realmente era consciente de las terribles implicaciones que aquello tenía.

— Entonces, ¿le puedo ayudar en algo? — inquirió el anticuario, tratando de recobrar su atención.

— Sí, lo cierto es que me gustaría preguntarle por dos cuestiones. La primera tiene que ver con Silván Valenzuela, el nombre que mencioné antes. Es un... cliente mío que está siendo investigado por un homicidio que confesó. Es un caso extraño, porque... bueno, porque no hay víctima.

El anticuario dirigió una mirada de extrañeza.

— Me explico — prosiguió Álvarez —, la cuestión es que parece que el crimen solo está en la mente del chico. O eso, o a matado a alguien que ni siquiera es de la zona y nadie se ha percatado aún de su ausencia. Escúcheme, el chico no tiene perfil de asesino y yo, como su psicólogo, quiero decantarme por la primera opción. Es un chico joven, deportista. Según mis informes, pasaba mucho por aquí.

— Es posible que me haga una ligera idea de quién es — el anticuario se llevó la mano a la barbilla —. Un chico muy convencional, sí. Solía mostrar mucho interés por los exvotos ibéricos.

— ¿Exvotos ibéricos? Disculpe mi ignorancia, no estoy muy versado en arqueología o antropología.

— No se preocupe, es normal. Aun siendo una forma de arte antiguo típica de nuestra península, mucha gente lo desconoce por completo. No es usted el único — el anticuario sonrió con gentileza —. Se tratan de unas figurillas, presumiblemente de uso ritual, que suelen aparecer en yacimientos vinculados con el pueblo ibero. Algunas de ellas parecen representar dioses, aunque tipológicamente son muy heterogéneas.

— Comprendo. ¿Puede decirme si apreció algo fuera de lo normal en su actitud?

El anticuario entornó los ojos, como si pretendiese recordar algo. Finalmente, pareció darse por rendido.

— Ahora mismo no me viene nada a la cabeza. Como dije, me parecía un chico muy normal.

El doctor Álvarez Mencia suspiró. Al parecer por esa línea no iba a acabar encontrando nada de interés. Pero aún le quedaba algo por preguntarle que, viendo la reacción inicial de su interlocutor, tal vez arrojase unos resultados más prometedores.

— En fin, lo otro que quería era inquirirle sobre lo mismo que aquel hombre latino. ¿Qué sabe sobre ese puñal?

El anticuario pareció cavilar un momento.

— No me tomará por loco ¿verdad? — murmuró — ya me dijo usted que era psicólogo, espero que esto no sea una triquiñuela para ofertarme sus servicios.

— No se preocupe, no es tal mi intención — aseguró Álvarez.

El anticuario apartó la mirada, como si estuviera decidiendo cuánta información debía revelar. Finalmente, dejó escapar un suspiro profundo y habló en voz baja, como si temiera que alguien más pudiera escuchar.

— Primero de nada, decirle que ese puñal estaba vivo. Cualquiera se hubiera dado cuenta con verlo. El material era orgánico, pero no es solo eso, sino que estaba lleno de lo que parecían vasos sanguíneos. Parecía hecho con el dedo o la garra de alguna criatura, lo sorprendente es que la sangre seguía fluyendo por su interior, era como si, al amputarlo, hubiesen ensamblado entre sí las venas y capilares para formar una especie de circuito cerrado.

— Empieza a sonar como si estuviera hablando de un electrodoméstico, aunque reemplazando los cables y la electricidad por venas y sangre — remarcó el psicólogo.

Los ojos del anciano parecieron brillar.

— ¡Exacto! Eso mismo pensé yo. Lo que no acabo de comprender es cómo se mantenía en movimiento la sangre. Era casi como si el propio puñal la bombease. Mire, no soy médico, pero soy consciente de que eso no parece tener ningún sentido. Y, aun así, esa es la impresión que me dio.

— De todas formas, me está hablando de cosas que pudo ver cuando el latino le mostró el puñal — matizó Álvarez —. Dígame, ¿no hubo nada que usted ya

supiera con anterioridad sobre aquel artefacto? ¿Algo que le hubiera podido decir al hombre?

El anticuario asintió lentamente, como si pesara cada palabra antes de hablar. Sus ojos se nublaron momentáneamente, recordando algún oscuro fragmento de conocimiento que había mantenido oculto durante años.

— Sí, algo sabía — admitió, su voz apenas un susurro—. No puedo decir que fuese mucho, pero lo suficiente como para alarmarme cuando vi ese puñal. Mire, doctor, este no es el primer objeto extraño que ha pasado por mis manos. A lo largo de mi vida, he encontrado algunas piezas que parecían haber salido de pesadillas o leyendas olvidadas. Sin embargo, ese puñal era diferente. Era antiguo, mucho más antiguo de lo que cualquiera podría imaginar. Cuando lo vi, recordé algo que había escuchado hace mucho tiempo, durante mis años de aprendizaje en el extranjero.

Pepita y Álvarez intercambiaron una mirada intrigada, sabiendo que estaban a punto de desvelar algo significativo.

— ¿Qué es lo que recordó? — inquirió Pepita, con una mezcla de curiosidad y temor.

— En mi juventud, cuando estudiaba en Francia, tuve contacto con cierto grupo *New Age* de raigambre mitraica que se hacía llamar «Mordred» y uno de sus miembros me cedió un viejo manuscrito del que, por motivos que se negó a explicarme, deseaba deshacerse. Yo, inexperto y atrevido, no tardé en interesarme por sus contenidos, y es que en él se describían los rituales de un culto olvidado que había sido erradicado en tiempo de los romanos, y del cual ya apenas quedaban vestigios. Según ese manuscrito, el culto veneraba a unas entidades a la que llamaban «lamesangres» o «eh'ga-zeii». No eran deidades en el sentido tradicional, sino algo más primitivo, los folcloristas dirían que son más bien criaturas feéricas malignas, como el nuckelavee del folclore orcadiano, por poner un ejemplo. Vaya, que son algo que no es ni demoniaco ni divino. El texto decía que, para comunicarse con estas entidades, los miembros del culto utilizaban ciertos objetos, que ellos mismos fabricaban a partir de cuerpos muertos de eh'ga-zeii.

Álvarez sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral.

— ¿Está insinuando que el puñal fue creado por ese culto? — preguntó, apenas creyendo lo que oía.

— No lo insinúo, doctor. Estoy casi seguro. El puñal que vi parecía una de las herramientas descritas en el manuscrito. Eran armas usadas en oscuros rituales, donde la sangre era la clave para invocar a las entidades. El hecho de que la sangre aún fluya por el puñal, incluso después de siglos, es un indicio de que sigue vinculado de alguna manera a esos seres. Es como si, al usarlo, uno estuviese realizando un ritual, incluso aunque no se dé cuenta de ello.

Pepita tragó saliva, el peso de la revelación comenzando a asentarse en su mente.

— ¿Y qué ocurrió con ese manuscrito? — preguntó finalmente.

— Fue destruido — respondió el anticuario, sin dudar—. Durante el régimen del franquismo, muchos textos antiguos fueron destruidos o se perdieron. Y, en el caso del mío, reconozco que fue un alivio saber que ese conocimiento no caería en las manos equivocadas. Pero ahora, parece que el puñal ha sobrevivido, y que ha vuelto a la luz.

Álvarez asintió. Aunque su sentido común le decía otra cosa, no podía evitar sentir que cada palabra del anticuario lo llevaba más cerca de una verdad oscura e ineludible.

— Eso explicaría por qué Valenzuela estaba tan obsesionado con el puñal, y por qué cree que cometió un homicidio — murmuró Álvarez, más para sí mismo que para los demás—. Si el puñal realmente está vinculado a esa entidad, podría estar influyendo en su mente, haciéndole creer cosas que no son reales... o, peor aún, haciéndole hacer cosas que él mismo no comprende.

El anticuario asintió lentamente, su rostro sombrío.

— Exactamente. Ese puñal es peligroso, doctor. Si Valenzuela lo tiene, o lo tuvo, debe encontrarlo y destruirlo, antes de que cause más daño. Y tenga cuidado; aquellos que se cruzan con objetos así suelen terminar siendo consumidos por ellos.

Álvarez asintió, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

— Gracias por su ayuda — dijo, extendiendo la mano al anticuario—. Haremos todo lo posible por encontrarlo y asegurarnos de que no cause más daño.

El anticuario estrechó su mano con firmeza, pero con un deje de tristeza en sus ojos.

— Buena suerte, doctor. La necesitará.

Con esa sombría despedida, Álvarez y Pepita salieron de la tienda, con una creciente sensación de inquietud.

— Así que al fin comienza a tomárselo en serio, viejo loquero — dijo Pepita.

— No es eso, es simplemente que considero que lo más prudente es barajar todas las posibilidades antes de llegar a una conclusión — mintió él no queriendo darle la razón a su joven acompañante.

— Lo que usted diga. De todas formas, ¿no se le ocurrió lo del dibujo antes? Podría habérmelo enseñado a mí antes de venir, tal vez le hubiera podido resolver algo. Al fin y al cabo, lo oculto es mi especialidad.

— ¿De verdad hubieras sabido lo que era? — el doctor Álvarez la miró con sorpresa.

— Bueno... no — Pepita se encogió de hombros—. Pero eso usted no lo sabía, ¡a lo mejor en un momento le hubiera resuelto el caso!

El psicólogo no pudo evitar reír ante la franqueza de la chica. Había algo que no podía negar y es que Pepita siempre sabía cómo sorprenderle.

— No tienes remedio — dijo Álvarez, aún entre risas—. En fin, ¿qué propones hacer ahora?

— Creo que habría que volver al plan inicial y visitar la comisaría — propuso ella—. Si el arma sigue allí, es posible que estemos a tiempo de evitar un mal mayor.

— Me parece conveniente — asintió el doctor Álvarez—. Además, tal vez los oficiales hayan encontrado algo nuevo sobre Valenzuela mientras estuvimos aquí.

Ambos se dirigieron de vuelta al coche, el viejo Citroën que había sido testigo de tantas idas y venidas en los últimos días. Mientras recorrían las calles de la ciudad, que empezaban a llenarse de la actividad

matutina, el ambiente dentro del vehículo se mantenía cargado de tensión.

Álvarez, que solía aferrarse a la lógica y la ciencia, ahora sentía que su realidad se estaba fragmentando. Las palabras del anticuario resonaban en su mente, mezcladas con las declaraciones de su paciente, que hasta hace poco había considerado meras fantasías o delirios. Sin embargo, algo profundo y primitivo en su ser le decía que el peligro era real, y que se encontraba en la cúspide de un abismo del que no sabía si podría regresar.

— Álvarez, ¿en qué piensas? — preguntó Pepita, sacándolo de sus pensamientos.

— En cómo hemos llegado hasta aquí — respondió él, sin apartar la vista de la carretera—. Si me hubieran dicho hace unas semanas que estaría investigando un puñal maldito, en lugar de un simple caso de psicosis, no lo habría creído. Y, sin embargo, aquí estamos.

— ¿Y eso te asusta? — insistió ella, con una mezcla de preocupación y curiosidad.

El doctor tardó un momento en responder.

— No sé si es miedo lo que siento — dijo finalmente—. Es más bien una sensación de impotencia, como si estuviera luchando contra algo que no entiendo del todo. Y tú, Pepita, ¿tú crees en todo esto?

Ella sonrió con una serenidad que parecía impropia de su edad.

— Mi abuela siempre decía que hay cosas que no necesitan ser comprendidas para ser reales. Lo importante es cómo reaccionamos ante ellas. Si algo he aprendido de ella, es a confiar en mis instintos. Y ahora mismo, mis instintos me dicen que ese puñal no es solo un objeto inerte.

El coche se detuvo frente a la comisaría. Álvarez apagó el motor y miró a Pepita con una mezcla de respeto y admiración.

— Tienes razón — admitió—. Es hora de dejar de lado mis prejuicios y afrontar lo que sea que esté ocurriendo, sea lógico o no.

Bajaron del coche y entraron en la comisaría, donde el ambiente era tan frío y severo como siempre.

La recepcionista los saludó con un gesto profesional y les indicó que esperaran un momento. Mientras lo hacían, Álvarez sintió una extraña mezcla de anticipación y temor. Algo dentro de él le decía que estaban a punto de desenterrar una verdad que podría cambiarlo todo.

El oficial encargado del caso, el inspector Viloría, los recibió en su oficina. Su expresión era tan grave como siempre, pero Álvarez notó un leve brillo de preocupación en sus ojos.

— Supongo que viene por el caso de su paciente — dedujo el agente.

— Sí, se podría decir — respondió Álvarez—. ¿Hay alguna forma de que pudiera ver el puñal con el que supuestamente mató Valenzuela a aquella mujer?

— Hace bien en decir «supuestamente» — dijo Viloría—. Acabamos de dejar libre al chaval, es imposible que haya cometido *ese crimen*.

— ¿*Ese* crimen? — el doctor se mostró confuso—. Entonces, ¿ha aparecido la víctima? ¿El crimen es real?

— ¿Si la víctima apareció? Se podría decir. El problema es que para haberla matado tendría que haber viajado en el tiempo.

— ¿Qué quiere decir?

El policía se llevó la mano a la frente, con actitud pensativa.

— Conseguimos que Valenzuela nos diese más información, inclusive el lugar del crimen. Encajaba todo a la perfección con el caso de Ana Matas, uno de los primeros en los que trabajé al entrar en el cuerpo. Incluso la declaración que dio el chaval era la misma que en su día dio el sospechoso. Esto no es para nada normal, pero como entenderás es imposible que él sea el asesino, ya que cuando asesinaron a Matas él ni siquiera había nacido.

— Pero, ¿fueron al lugar del crimen? — insistió el psicólogo.

— Por supuesto, hubiera sido una negligencia no hacerlo. Pero, teniendo en cuenta lo que le acabo de decir, no encontramos nada, ni siquiera con ayuda de los perros. En fin, quería preguntar por el puñal, ¿verdad? Pues ahí sí que tenemos un problema.

— ¿Qué problema? — preguntó Álvarez, sintiendo un nudo en el estómago.

El inspector Viloría se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio y entrelazando las manos. Sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y confusión.

— El puñal ha desaparecido — dijo finalmente, con voz grave.

Álvarez sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies.

— ¿Cómo es posible? — preguntó, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

El silencio en la oficina se volvió aún más denso. Viloría rebuscó en su escritorio y tomó una hoja de papel que pasó a Álvarez.

— Esto es lo que encontramos en la mesa del laboratorio, donde el puñal estaba guardado. Es una especie de nota, pero no estamos seguros de qué significa.

Álvarez tomó la hoja y la leyó en silencio. Las palabras escritas parecían más un garabato febril que un mensaje coherente:

«El que maneja la hoja será poseído. El puñal es la llave, la sangre es el precio. El ciclo nunca se rompe.»

El doctor sintió cómo una sombra se cernía sobre él. La conexión entre los eventos era innegable, pero lo que significaba era aún un misterio aterrador. Miró a Pepita, que le devolvió la mirada con una mezcla de inquietud y resolución.

— Inspector, ¿alguna pista sobre cómo pudo desaparecer el puñal? — preguntó Álvarez, tratando de mantener la calma.

— Solo se me ocurre una posibilidad — el agente miró hacia ambos lados, con una visible incomodidad—, aunque le ruego que no hable de ello con nadie, ya que nos pone en una situación... delicada.

— ¿A qué se refiere?

El policía miró a su alrededor una vez más y, bajando la voz, sentenció:

— Estoy casi convencido de que solo puede haber sido obra de uno de los nuestros.

Álvarez frunció el ceño, sorprendido por la gravedad de la acusación implícita.

— ¿Cómo puede estar tan seguro de eso? — preguntó, tratando de entender el contexto detrás de la insinuación.

El inspector Viloría se inclinó hacia adelante, susurrando casi como si temiera que alguien pudiera oírlo.

— El puñal estaba bajo custodia policial, y únicamente personal autorizado tenía acceso a él. Los registros muestran que solo un pequeño grupo de agentes pudo haber tenido contacto con él. Y, por si fuera poco, el día de su desaparición, hubo un cambio inusual en el turno de vigilancia.

Álvarez miró a Pepita, que parecía estar en el mismo nivel de tensión que él.

— Aún estamos investigando cómo se produjo el acceso no autorizado — prosiguió Viloría—. Sin embargo, me temo que esto no es solo una cuestión de un objeto perdido. Si uno de nosotros está implicado, la situación podría ser mucho más grave.

— ¿Y qué puede decirnos sobre la nota? — preguntó Pepita, mientras Álvarez seguía procesando la revelación.

Viloría suspiró, con una expresión que denotaba una mezcla de frustración y desánimo.

— Eso es lo más desconcertante. No tenemos idea de quién podría haberla escrito. Lo único que sabemos es que la nota hace referencia a algo que no entendemos del todo, pero que parece estar vinculado a lo que le mencioné antes. La sangre, el ciclo... todo eso suena a rituales o creencias arcanas.

Álvarez asintió, sintiendo el peso de la situación. La desaparición del puñal no solo significaba que la pista crucial se había perdido, sino que ahora tenían que lidiar con la posibilidad de que alguien dentro de la comisaría tuviera intenciones siniestras. Álvarez y Pepita se despidieron del inspector, estrechando su mano, y abandonaron una comisaría cuyo ambiente se sentía aún más cargado que antes. Una vez en el coche, Álvarez miró a Pepita.

— ¿Cuál es tu opinión sobre todo esto? — preguntó, queriendo saber si ella tenía alguna perspectiva adicional.

Pepita lo miró con seriedad, su rostro reflejando el mismo tipo de preocupación que él sentía.

— Si tuviera que elaborar una hipótesis, diría que el puñal ha tomado el control de alguien en la comisaría para escapar de allí. Y es como si a Valenzuela le hubiese implantado recuerdos que no son suyos.

— Estás hablando como si el puñal tuviera conciencia — comentó Álvarez.

— Dada la situación no parece descabellado. Creo que el puñal debe actuar como una especie de contenedor sobrenatural que alberga el espíritu de uno de esos «lamesangres» que mencionaba el anticuario — sugirió Pepita, con una seriedad poco habitual en su tono. La criatura posee alma, pero carece de cuerpo, así que está utilizando el de aquellos que entran en contacto con el puñal.

— Y, ¿qué podemos hacer?

— Sellarlo — respondió ella, sin apenas pensarlo—. Aunque tendremos que encontrarlo primero.

— La nota hablaba algo de un «ciclo» y aludía a alguna clase de ritual — recordó el psicólogo—. Si dices que el puñal tiene alma, tal vez desee regresar a algún lugar conocido, posiblemente donde se usaba para rendir culto a los lamesangres.

Pepita abrió los ojos como platos.

— Eso que ha dicho es sorprendentemente inteligente — comentó.

— ¿Debo tomarme eso como un halago? — gruñó Álvarez.

Los dos estaban tan inmersos en su conversación que no se percataron en la figura que los observaba, oculta a escasos metros de la comisaría.

Tratando de obtener más información sobre la procedencia del puñal, el dúo optó por regresar a la tienda de antigüedades. Si alguien podía saber a dónde se habían llevado el arma, sin duda ese era el anciano propietario de aquel establecimiento. Pepita condujo el coche hacia aquel local, mientras discutían sobre las diversas cuestiones que la

singularidad y el peligro de aquel caso hacían que se les pasasen por la cabeza. Cuando, finalmente, llegaron al pequeño local, fueron recibidos por la campanilla de la puerta, que sonó melancólicamente al entrar.

La encorvada figura del anticuario emergió de entre los innumerables muebles que se amontonaban en la tienda y procedió a sentarse detrás del mostrador.

— No sé si preocuparme o alegrarme del hecho de que hayan vuelto — dijo con tono sombrío—. Espero que no haya sucedido nada más.

— Se podría decir que sí, señor...

— Esteban — respondió—. Será más cómodo que conozcan mi nombre.

— De acuerdo, Esteban — asintió el psicólogo—. Pues le digo, han robado el puñal. Aunque sospecho que es más apropiado decir que el puñal «ha escapado».

— Que situación más desagradable — masculló el anticuario—. Supongo que si estáis aquí es porque necesitáis más información sobre los eh'ga-zeii, ¿verdad?

— Eso es — respondió Álvarez.

Esteban suspiró.

— Primero de nada, espero que entiendan que esos seres no son simples bestias. Son astutos e inteligentes, pero, sobre todo, poseedores de una ambición insaciable. Y es que ansían lo más valioso que existe: la vida misma. Esos malditos puñales son la cristalización de ese deseo, por ellos pueden ser inmortales.

— ¿En plural lo dices? — se percató el doctor.

— Sí, en plural. Como hablábamos, ese puñal contiene un alma, pero los eh'ga-zeii son muchos. Un eh'ga-zeii, un puñal. Esto no es un problema aislado, sino la punta del iceberg, ellos se ocultan entre nosotros — Esteban alzó la mirada, casi parecía haber entrado en trance—. Al derramar sangre, el puñal se alimenta y, así, no solo mantiene su existencia, sino que también va acumulando energía. Pero eso solo es una parte del ciclo...

— ¿«El ciclo»? — Álvarez recordó el mensaje de aquella extraña anotación.

— ¡Sí, el ciclo! — exclamó el anticuario con actitud vehemente— ¡El ciclo de muerte y reencarnación!

Álvarez sintió una perturbación al percatarse de las siniestras implicaciones que podía tener aquello.

— ¿Reencarnación? — preguntó finalmente— ¿Cómo conseguir un nuevo cuerpo?

— ¿Alguna vez has accedido a los *Cultos Innombrables* de Von Juntz o leído los ensayos de Vitale, el antropólogo italiano?

— No he tenido el gusto — replicó el doctor Álvarez—. Lo más parecido que he tocado fue la edición española del *Liber Veneris* que se publicó en Madrid a principios de la década pasada, y solo lo hice porque varios pacientes achacaban sus problemas a la lectura de ese libro. Pero no era más que un libro de poesía. Mire, Esteban, hasta hace no mucho mi escepticismo hacia los temas relacionados con el ocultismo era absoluto y mi interés inexistente.

— O sea, que por fin ha cambiado — Pepita sonrió.

— Cierra la boca, Josefa María — gruñó Álvarez—. No es momento para eso.

— No, desde luego que no lo es — ratificó Esteban—. Mencioné aquellos escritos porque hay creencias relacionadas con el chamanismo que hablan de personas capaces de servir como *médium*, canalizando ese espíritu y obrando y hablando en su nombre. El puñal parte de ese principio, aprovecha la sensibilidad de determinados individuos para convertirlos en el médium de un eh'ga-zeii. Va pasando de mano en mano, acumulando sangre y buscando acabar llegando a individuos cada vez más compatibles con el alma de la criatura. Compatibles, sí, ¿recuerda que hablé de renacimiento?

— Oh, no... — el psicólogo se cubrió la boca con la mano y abrió los ojos de par en par.

— Oh sí — replicó el anticuario—. Es justo lo que piensa. Cuando encuentra un cuerpo compatible, el eh'ga-zeii lo convierte en su recipiente. Por supuesto que eso no puede hacerlo en cualquier momento, ni mucho menos de cualquier forma. Primero de nada, debe haber acumulado suficiente sangre. Y, después, debe acudir a un lugar con suficiente energía telúrica e introducir la sangre en el interior del recipiente. Así, la criatura renacerá de su interior, iniciando un

nuevo ciclo. Es como el fénix, cuando esté a punto de morir, forzará a alguien a crear un nuevo puñal y sellará su alma en el interior del mismo. Y ese alguien deberá volver a poner en marcha todo.

— *Ouroboros* — murmuró Pepita.

— Exactamente, *Ouroboros* — asintió Esteban, sus ojos refulgiendo tras el mostrador—. La serpiente infinita. Aunque en este caso es más bien un ciempiés monstruoso.

— Suena desagradable — dijo Pepita.

— Si los grabados que había en aquel pergamino le hacían justicia, ya les digo sin duda que son unas criaturas abominables — apuntó el anciano.

— Siento una extraña admiración en su voz — observó el psicólogo.

Esteban guardó silencio, mirando fijamente al doctor Álvarez. Se aclaró la voz y pareció tratar de recuperar la compostura.

— Mis disculpas, no he podido evitarlo — dijo finalmente—. Como anticuario, puedo entender el deseo de esos... monstruos de aferrarse a la vida. A veces me preocupa pensar en qué será de mi colección cuando yo muera, si alguno de mis sobrinos se hará cargo de mi negocio o si, simplemente, todo se perderá. La muerte se vuelve una perspectiva incómoda cuando se tiene mi edad, casi parece injusto que me arrebatan todo lo que tengo. Espero, si hay un dios ahí arriba, que me deje ver desde el otro lado qué va a ser de mi legado.

— Mis disculpas — el psicólogo bajó la mirada—. No esperaba tocar un tema delicado. Ha sido una falta de tacto por mi parte.

— Para nada — Esteban hizo un aspaviento con la mano, como restándole importancia—. Me ha parecido una pregunta sensata, creo que me exalté demasiado. Sea como fuere y por muy justificada que esté la lucha por la vida, creo que hay que detener a esta criatura en concreto. No por una cuestión de moralidad, ya que no podemos imponer nuestra ética a un ser trascendental, sino porque es un peligro para este vecindario tener un asesino sobrenatural rondando.

— Desde luego — asintió Álvarez—. También está justificado que la presa trate de escapar del depredador o le plante cara.

— Justo así pienso yo — apuntó el anticuario—. Por el bien de la gente del barrio, espero que os salgáis con la vuestra.

— De acuerdo, sí, pero ¿a dónde puede haber ido? — inquirió el doctor.

— Mencionó la «energía telúrica» — interrumpió Pepita—. Supongo que habla de *líneas ley*.

Esteban asintió lentamente, como si considerara cuidadosamente las palabras de Pepita antes de responder.

— Correcto, las líneas ley son flujos de energía que conectan lugares de poder a lo largo de la tierra. A menudo, estos puntos están marcados por monumentos antiguos, iglesias o sitios de culto donde, históricamente, se realizaban rituales. Esos lugares son donde la energía telúrica es más fuerte, y es ahí donde los eh'ga-zeii pueden reiniciar su ciclo.

— Entonces, si quisiéramos encontrar a la criatura antes de que renazca, tendríamos que localizar uno de esos puntos — concluyó Álvarez, frunciendo el ceño ante la complejidad del asunto.

— No será fácil, doctor — advirtió Esteban—. Aunque en la ciudad hay varios lugares donde las líneas ley se cruzan, solo algunos de ellos tienen la fuerza suficiente como para permitir un renacimiento completo. Pero si el eh'ga-zeii ha estado acumulando energía durante siglos, podría haber elegido un sitio que no sea obvio para nosotros.

— ¿Algún sitio específico que tenga en mente? — preguntó Pepita, mirando al anticuario con una mezcla de urgencia y esperanza.

Esteban se levantó del mostrador con una energía inesperada para alguien de su edad y comenzó a rebuscar entre unos mapas antiguos apilados en una estantería cercana. Tras unos minutos, extrajo uno en particular y lo desplegó sobre el mostrador. El mapa mostraba la ciudad y sus alrededores, pero con una superposición de líneas y símbolos que resultaban ajenos a la mayoría de los ojos modernos.

— Este es un mapa que detalla las antiguas rutas de energía en la ciudad — explicó Esteban, señalando

varias marcas en el pergamino—. Este, este y este son lugares de alta concentración energética. Algunos han sido transformados con el tiempo; por ejemplo, hay un antiguo cementerio ahora cubierto por un parque y una catedral que fue construida sobre un templo pagano.

— La lógica me dice que el ser preferirá ir a algún sitio que le sea conocido y en el que sepa objetivamente que puede completar el ritual — dijo Álvarez, dirigiendo una mirada a Pepita—. Tal vez algún lugar donde ya lo haya hecho con anterioridad. El anticuario pareció cavilar unos instantes.

— Creo que se me ocurre algo — murmuró—. *Rocasierpe...*

— ¿Rocasierpe? — preguntó el psicólogo

— Sí, son las ruinas de un templo pagano que hay en la chopera — Esteban entrecerró los ojos—. Ya saben, la que marca la frontera norte de la demarcación municipal. Hay una vieja historia que hablaba sobre una serpiente que pedía que le enviaran jóvenes como ofrenda, a cambio de otorgar buenas cosechas y prosperidad a las tierras. De esos jóvenes, uno de ellos era el elegido para «recibir en su cuerpo a la serpiente», a la cual «dejaba hablar por su boca». La historia no especifica lo que sucedía con los que no eran elegidos, aunque sospecho que el receptáculo del dios los sacrificaba. ¿Entendéis lo que trato de insinuar?

Álvarez asintió.

— Que más que una serpiente aquello en realidad era un ciempiés monstruoso. Un eh'ga-zeii. Por tanto, lo más fácil es que en estos momentos estén llevando el cuchillo a Rocasierpe.

— No es seguro, pero sí parece lo más probable — admitió Pepita, llevándose la mano a la barbilla—. Un momento, ¿a qué día estamos?

— Veintisiete de julio — dijo Álvarez.

— ¡Ay pinga, va a ser esta noche! — exclamó Pepita.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó el psicólogo.

— La luna, viejo loquero, es por la luna. Hoy hay eclipse, la luna de sangre. Los eventos astronómicos tienen una influencia especial en las energías, eso es de primero de ocultismo.

— Entonces no tenemos mucho tiempo — dijo Álvarez—. Y, si nos equivocamos de lugar, ya no habrá nada que hacer. Esteban, gracias por tu ayuda. Si conseguimos detenerlo, será en gran parte gracias a la información que nos has proporcionado.

El anticuario esbozó una débil sonrisa, con la mirada perdida en los antiguos mapas.

— Buena suerte. Y recuerden, no subestimen a esta criatura. Es astuta, despiadada y, sobre todo, desesperada por sobrevivir.

Con esas palabras resonando en sus mentes, Álvarez y Pepita se apresuraron a salir de la tienda, sabiendo que cada segundo contaba en la carrera contra el tiempo. Tenían aún unas horas para prepararse para la confrontación, pero en sus corazones sentían que ni todo el tiempo del mundo bastaría para estar totalmente listos para enfrentarse a aquello que les esperaba.

Ya en casa, la comida casi se les atragantaba, dado el estado de agitación en que se encontraban ambos y la preocupación que sentían. Pepita preparó un par de mochilas con lo que podrían necesitar: linternas, cámaras de video para documentar cualquier anomalía, y un arsenal básico de primeros auxilios. Álvarez, mientras tanto, revisaba una y otra vez los detalles del mapa, intentando memorizar cada línea y símbolo que pudiera ser relevante para su búsqueda.

— No sé si esto será suficiente — dijo Pepita, mirando su arsenal con un esbozo de preocupación.

— Haremos lo mejor que podamos — respondió Álvarez, tratando de transmitir confianza—. No hay garantías en una situación como esta, pero si logramos anticiparnos a sus movimientos y no subestimamos a la criatura, tal vez tengamos una oportunidad.

La tarde transcurrió en preparativos y, cuando los primeros rayos del crepúsculo comenzaban a besar la tierra, con la mochila cargada y la determinación firme, tomaron el coche con dirección a las ruinas de Rocasierpe. La noche estaba cayendo rápidamente, y el cielo se oscurecía, preparando el escenario para el eclipse lunar que estaba a punto de ocurrir.

Dada la imposibilidad de entrar en coche a la chopera, debido a lo irregular del terreno, optaron

por aparcar el Citroën en un pequeño descampado, justo a las afueras de la misma. Tras lanzarse una última mirada, se lanzaron en dirección a aquel lugar fatídico. El camino hacia las ruinas era desolado y lleno de sombras. La vegetación era densa y el suelo fangoso, lo que hacía que cada paso requiriera cautela. A medida que se acercaban a Rocasierpe, el ambiente se volvía más inquietante. Los pequeños pero innumerables monolitos que comenzaban a asomar entre la maleza hacían que las historias de sacrificios y de la serpiente antigua pareciesen cobrar vida a su alrededor, mientras que las brumas servían como telón para aquella que estaba a punto de llegar a su clímax.

Tras una larga y fatigosa caminata, el dúo divisó un claro en el bosque, dominado por una estructura de piedra que asemejaba a la cabeza de una culebra monstruosa. Ante ella, se disponía un altar de piedra, sobre el cual aún había rastros de humedad. Sin embargo, algo no iba bien, no había rastro ni del cuchillo ni de quien fuera que lo hubiera robado.

Fue entonces cuando una figura se abalanzó sobre el doctor Álvarez, emergiendo de entre unos arbustos. Álvarez apenas tuvo tiempo de reaccionar, siendo derribado por su atacante, un hombre fornido vestido con uniforme de policía. Sus ojos resplandecieron con un fulgor demente mientras alzaba con sus manos un objeto familiar, que palpitaba rebosante de sangre. Ya se disponía a dejar caer el temible puñal sobre la yugular del psicólogo cuando Pepita, sacando un spray de pimienta de su mochila, roció el aire en un intento de repeler al atacante. La figura trató de limpiarse los ojos con una mano, mientras con la otra blandía a ciegas el puñal. Álvarez vio en aquello la oportunidad para zafarse de él, dándole un rodillazo y empujándolo lejos.

El atacante retrocedió tambaleándose hacia el interior del claro y, palpando, logró identificar el altar. Se puso en pie sobre él, alzó el puñal sobre su cabeza y, tras emitir un grito gutural, lo dejó caer sobre su propio pecho.

Un disparo desgarró el aire. El hombre cayó al suelo, junto con el puñal hecho añicos. Se formó un charco de sangre, pero no parecía surgir del hombre,

sino del arma quebrada. Un rugido desgarró el cielo y, bajo la luz de la luna roja, la sangre comenzó a ascender y a fundirse con las brumas creando la silueta de un inmenso artrópodo. La criatura comenzó a ascender retorciéndose, pero, antes de poder alcanzar el firmamento, se disolvió entre las nubes.

En ese momento, alguien más entró en el claro. Era el inspector Viloría. Se acercó al agente que yacía en el suelo y, tras tomarle el pulso, dirigió la mirada hacia el doctor Álvarez Mencía y su acompañante.

— No se preocupen, está vivo — dijo—. Tuve en cuenta todo lo que los escuché decir, por descabellado que sonara, así que opté por apuntar al puñal. Y parece que funcionó.

— ¿Lo que nos escuchó decir? — Álvarez se mostró confuso— Y, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

— ¿Acaso pensaba que, cuando vino por la comisaría, pidiendo información sobre un caso en el que parecía estar implicado de algún modo, iba a dejarlo marchar sin más? — razonó el inspector—. Viendo el extraño interés que tenía por la desaparición del puñal, consideré que lo más inteligente sería seguirlo. Por favor, mire en la manga de su camisa.

El doctor Álvarez asintió y, al hacerlo, descubrió un pequeño, casi imperceptible objeto metálico.

— Un micrófono — el doctor Álvarez lo sostuvo entre sus manos, anonadado—. Pero, ¿cuándo...?

— ¿Recuerda cuando nos despedimos y le estreché la mano? Ese fue el momento — explicó el agente, con una sonrisa triunfal.

— Impresionante, creo que su intuición nos ha salvado a todos — comentó el psicólogo.

— Lo mismo puedo decir de la suya y de la de su acompañante — replicó Viloría, mientras cargaba sobre sus hombros el cuerpo del otro policía—. Bueno, ahora mismo lo que a mi me toca es mirar a ver cómo explicar públicamente la... insubordinación de este agente. Decir que fue forzado a ello por un puñal suena poco creíble, así que espero contar con su ayuda si necesito falsear un informe psicológico, mi estimado doctor.

— Puede contar conmigo, ahora mismo no hay cosa que desee más que dar carpetazo a este asunto cuanto antes y hacer como si nada hubiese pasado — el doctor Álvarez se llevó la mano a la cabeza—. Estoy muy mayor para esas cosas.

— Perfecto, eso nos ahorrará complicaciones — el inspector sonrió.

— ¿Va a llevarse los restos del cuchillo? — preguntó Pepita.

El inspector se echó a reír.

— ¡¿En serio?! — exclamó— ¡¿Después de lo que ha pasado creéis que tengo el más mínimo interés en acercarme a esa cosa?! ¡No, no, no! Oficialmente haré constar el puñal como desaparecido. Creo que usted, señorita, tiene una cierta familiaridad con... instrumentos como este, así que se lo confío. Lo que haga con él me es indiferente, solo espero que no me traiga más dolores de cabeza.

Pepita asintió con seriedad, aceptando la responsabilidad implícita. Álvarez, aún temblando ligeramente por la adrenalina del enfrentamiento, observó cómo el inspector se disponía a abandonar la escena, llevando consigo al agente inconsciente.

— Gracias por todo, inspector — dijo Álvarez—. Haremos lo mejor que podamos para manejar esto de manera discreta.

Viloria asintió con una mezcla de alivio y cansancio.

— Espero que puedan cerrar este capítulo con éxito. Este vecindario ya ha visto suficiente caos por un buen tiempo.

Mientras Viloria se dirigía hacia la salida, Pepita y Álvarez se quedaron en el claro, contemplando las ruinas y el altar, sobre el que reposaban los vestigios del puñal, que progresivamente habían ido perdiendo su color sanguinolento. La luna roja aún iluminaba el área con una luz siniestra, como si la noche misma estuviera esperando su desenlace.

— ¿Qué haremos con el puñal? — preguntó Pepita, tomando el objeto roto del suelo y examinando sus fragmentos con cautela.

Álvarez se frotó los ojos, agotado pero decidido.

— Lo guardaremos. Esteban mencionó que el puñal puede ser un contenedor de un espíritu que sigue buscando renacer. En su momento propusiste sellarlo, ¿verdad? Creo que es nuestra mejor opción. Asegurarnos de que no vuelva a ser usado es crucial, lo importante es que no caiga en manos equivocadas. Con cuidado, Pepita guardó los restos del puñal en una de las mochilas y se dirigió hacia el coche. Álvarez, aunque con esfuerzo, procedió a ir tras ella, pero no sin antes echar un último vistazo al lugar donde la luna de sangre había revelado aquel macabro espectáculo.

— Esta noche ha sido una de las más extrañas de mi vida — dijo Pepita, mientras se alejaban—. Espero que nunca tengamos que enfrentarnos a algo así de nuevo.

— Yo también — contestó Álvarez—. Pero, si alguna vez lo hacemos, al menos ahora sabemos que podemos contar con personas como el inspector Viloria y, por supuesto, contigo.

Pepita sonrió levemente, mientras tomaban el sendero hacia el exterior de la arboleda. El coche les esperaba fuera y, algo más allá, aguardaba la ciudad, envuelta en una extraña calma que parecía contrastar con el horror que acababan de enfrentar. A medida que se alejaban de las ruinas de Rocasierpe, ambos se sintieron un poco más aliviados, aunque sabían que aquella noche tan solo habían acariciado la punta del iceberg de un problema que iba más allá. Porque los eh'ga-zeii seguían ahí fuera, ocultos entre los hombres y dispuestos a preservar su eterno renacer. La noche avanzaba, y con ella, el eco de la luna de sangre se desvanecía lentamente. Un día más, volvería a salir el sol.



I

Echo de menos a Dios, pero siento que de nada servirá arrepentirme ahora. Aunque los médicos insisten en que lo que he hecho parece más bien consecuencia de mi deseo de negar la realidad, sin guardar relación alguna con el cáncer que ahora padezco, los resquemores de mi conciencia me dicen justo lo contrario. Escribo, pues, esta misiva con la intención de dar a conocer lo que mi alma considera cierto.

Todo comenzó cuando mi pareja me abandonó. Aquello no me sorprendió, ni siquiera me impactó, ya que nuestra relación no pasaba por su mejor momento debido a que nuestro hijo había fallecido hacía menos de tres meses. Ni siquiera llegó a alcanzar el año de edad. Los doctores me informaron de que había sido prematuro y que había muerto en su cuna

como consecuencia de lo que llaman «hipoxia cerebral».

Eso me destrozó: como madre, era evidente que no volvería a ser la misma. La razón por la que mi pareja me dejó está totalmente injustificada, ya que él, de manera completamente irracional, pensó que le estaba engañando con otro. La realidad era bien distinta: simplemente, estaba tratando de encontrarlo a *él*. Buscaba una pista, una palabra, cualquier cosa.

Y entonces lo encontré. El anuncio en el diario decía:

«CURANDERO ESPIRITISTA ROGERS
CHAMÁN CERTIFICADO ORIUNDO DEL
PERÚ

AMARRES – TAROT – ADIVINACIÓN
Y DEMÁS TRABAJOS»

Cuando vi aquello, pensé que se trataba de la propaganda de un vulgar charlatán. Sin embargo, estaba tan desesperada que decidí probar suerte. Envié un WhatsApp al número que figuraba, pensando que tendría que pedir cita. No obstante, tal formalismo no era necesario, ya que se limitó a responderme diciendo que acudiera a su «consulta» a cualquier hora del día.

Cuando llegué, comprobé que no era otra cosa que una pequeña casa prefabricada, situada casi en la periferia de Nueva Baviera. Golpeé la puerta y, tras insistir un rato, conseguí que saliera a recibirme un hombre maduro, de tez morena, con bigote y una catarata en el ojo izquierdo. No pude evitar pensar que tenía los aires de un paranoico o un esquizofrénico.

— ¿Sí? ¿Qué necesita? — dijo, aferrándose a la puerta con aire de desconfianza.

— ¿Curandero Espiritista Rogers? — pregunté, nerviosa.

— ¡Ah! ¡Sí, sí! — su semblante cambió de inmediato— Pase, pase.

Al entrar, me sorprendió lo curioso del lugar: había una cocina llena de platos sucios, un sofá cama y un escritorio sobre el que reposaban libros, monedas y una estatuilla que captó mi atención desde el primer momento. Parecía un ángel de madera, sin rostro, con unas alas y piernas que parecían raíces de árbol. A sus pies habían colocado una velita de té.

Rogers se sentó en su escritorio y me invitó a ocupar la silla que tenía junto a él. Le hice caso y, aunque al principio me sentía nerviosa, la estatuilla del ángel me transmitía una inesperada sensación de seguridad. No sé muy bien por qué, pero había en ella algo profundamente reconfortante.

— ¿En qué te puedo ayudar? — preguntó Rogers.

— Mire, la verdad es que yo...

— ¡Silencio! — exclamó de pronto—. *Han* quiere hablar.

Rogers tomó la estatuilla del ángel y la acercó a su ojo, afectado por la catarata.

— ¿Qué dices? ¿Que perdió a su niño? ¿Cuántos? ¡Oh! — exclamó, dejando la estatuilla a un lado—. Así que perdiste a tu hijo. ¿Quieres hablar con él?

Me quedé aterrada. ¿Cómo podía saber eso? Por un momento llegué a pensar que Rogers no era un charlatán, aunque mis emociones eran contradictorias y confusas. Sentía miedo, pero al mismo tiempo, la presencia de la estatuilla me daba una extraña paz.

— ¿Cómo lo supo? — pregunté, intentando disimular mi inseguridad.

— Me lo dijo *Han* — respondió.

— ¿*Han*? — pregunté.

— No, no — meneó la cabeza, señalando a la estatuilla—. *Han*, al que llaman «el Oscuro». Él es quien me asiste con la adivinación.

— ¿Es un ángel? — pregunté, curiosa.

El viejo se echó a reír, casi con sorna. Se mantuvo así al menos veinte segundos.

— No, no es un ángel — dijo al fin, acariciando la estatuilla—, pero puede serlo.

En ese momento, me miró de reojo.

— ¿Qué es lo que realmente quieres? — preguntó—. ¿Quieres comunicarte con tu hijo muerto? Tenía menos de un año, ni siquiera sabía hablar... pero puedo ayudarte de otro modo.

— ¿Cómo? — pregunté.

— ¿Te ha pasado eso de tener una imagen o una idea en tu mente, pero no ser capaz de expresarla con palabras? A mí me ocurre con frecuencia. Muchas de las cosas que quiero decir se quedan atrapadas en el reino de lo irrealizable... pues bien, se podría decir que en ese mismo reino habita la conciencia de tu niño.

— ¿Y qué puedo hacer? — insistí.

El hombre se levantó y fue hacia el lavabo, donde abrió las puertas de una despensa cercana. De allí sacó otra estatuilla del ángel que llamaba «*Han*», aunque esta estaba hecha de cera. Luego tomó una libreta y comenzó a escribir algo en ella.

Cuando terminó, se acercó a mí y me entregó la vela. Era hermosa.

— Debes poner esto junto a tu cama, en una mesita de noche o algo similar. Al lado, coloca un plato de comida cada día, sin excepciones — hizo énfasis en esto último—. Solo así podrás ir a donde está tu hijo.

— ¿Podré verlo? — pregunté, emocionada.

— Sí, lo verás en el reino en el que se encuentra, con la ayuda de Han — volvió a acariciar la estatuilla.

— ¿Y cómo puedo pagarle por esto? — pregunté.

— No te preocupes — respondió con calma—. Como devoto de Han, el Oscuro, siento que esto será útil y grato para mi señor. Ese es pago suficiente para mí.

Rogers arrancó una hoja de la libreta y me la entregó. Según me explicó, debía repetir la frase que había anotado cada noche antes de dormir. Era una frase extraña; quise saber si estaba en quechua, ya que él era peruano, pero me dijo que aquello era mucho más antiguo, algo que había influido incluso en las raíces del quechua. Añadió que la primera línea era una transcripción gramaticalmente correcta y la segunda, una transcripción fonética para ayudarme a pronunciarla. En la hoja decía:

«Iä Ha'henn'eh cf'ayak'vulgtmm, vugtlagln
vulgtmm

Pronúncielo: Iyá Jajené cefayak vulgutún
vugetelagel vulgutún»

Al salir de su consulta, caminé hacia la plaza, guardando la vela en mi cartera. Me sentí bien después de aquello, como si, tras tantas tristezas, por fin tuviera un poco de esperanza. Cuando llegué a casa, me pregunté qué plato debía prepararle para la noche; no tenía idea, pero el simple hecho de pensar en ello me hizo sonrojar, como si tuviera que preparar la cena para mi hijo. No había mucho en la cocina, así que tomé una lata de atún y la licué. Me quedé un rato leyendo sobre los beneficios del atún, pero luego me entró sueño, así que hice lo que Rogers me había indicado.

Al sacar la vela de cera, noté que no tenía mecha, así que en su lugar puse una velita de té, como la que vi en casa de Rogers. Me recosté de lado,

contemplando aquella figura de cera sin rostro, pero tan hermosa. Las alas parecían raíces de árbol en crecimiento. Pensé que quizás era mi propio árbol el que empezaba a florecer ahora. Recité la frase que me enseñó Rogers, tratando de memorizarla: «Iyá Jajené cefayak vulgutún vugetelagel vulgutún». Entonces me dormí.

En el sueño, me encontraba en una habitación a oscuras, tenuemente iluminada. Estaba acostada en una cama con sábanas blancas. De pronto, oí el llanto de un bebé, ¡mi bebé! Me levanté rápidamente, todo se sentía tan hermoso, mis pies ligeros.

— ¡Ya voy, mi pequeño! — exclamé— ¡Mami ya va! Caminé por interminables pasillos de negrura. Aunque la oscuridad se sentía densa, yo me sentía feliz, casi flotando. Finalmente, lo encontré. Al verlo, se me partió el corazón. Estaba en una esquina, casi desnutrido, sin piel, pero ¡qué alto era mi muchacho! Al verme, se calmó. Estaba iluminado por la velita que le dejé, y me di cuenta de que señalaba al plato de atún. Debía de tener hambre... y se veía tan delgado.

— ¿Tiene hambre mi bebé? — le pregunté, mientras me arrodillaba para recoger el plato de atún.

Le di de comer durante horas; había leído que el atún ayudaba con las cicatrices, así que supuse que mi elección había sido afortunada. Cuando terminó de comer, se puso de pie. Solo verlo tan alto me llenó de orgullo.

— ¡Eres tan alto! Espero que, cuando sea anciana, me cuides y caminemos juntos de la mano.

En ese instante, no pude contener las lágrimas, pero no eran lágrimas de tristeza, como las que había derramado en los últimos tres meses, sino de felicidad. Sin embargo, pronto me di cuenta de que esto parecía un sueño, era el reino de lo irrealizable, como lo describió Rogers. Pero, entonces, me giré y lo vi.

Era igual de alto que mi hijo, con una constitución robusta, aunque su piel era pálida y su cabello rizado. Sabía quién era: era Han, mi ángel, ¡el ángel! Comprendí que las raíces de la estatuilla representaban sus rizos dorados y, aunque no podía

distinguir sus pies en la penumbra, sí pude ver que llevaba un manto multicolor.

— Sé lo que estás pensando — dijo con una voz tenue—, pero los sueños pueden hacerse realidad.

Me tomó de las manos; el simple contacto me hizo sonrojar. Me miraba fijamente y, aunque no podía verlo con claridad, sabía que su presencia era hermosa.

— Podemos hacer que vuelva a caminar entre los hombres — dijo mientras me acariciaba el cabello—. Debes ser como María con el Espíritu Santo, solo que la semilla la plantaremos los dos.

— ¿Será nuestro bebé? — pregunté, girando lentamente hacia mi hijo, que sonreía con sus grandes dientes en una esquina.

— Algo así.

Intenté darle un beso al ángel, pero se apartó.

— Debo dártelo yo — dijo.

— ¿Por qué? — le pregunté.

En ese momento, las luces se apagaron. En su lugar aparecieron estrellas de todos los colores, es decir, estrellas negras, que se extendieron formando un manto tanto a mis pies como en el cielo.

— Porque sé todo lo que aman, sé todo lo que sienten, sé todo lo que los hace verdaderamente humanos. Sé incluso cuáles son sus mayores temores. *Esos son los misterios que solo el gusano puede conocer* — dijo el ángel, desvaneciéndose en la oscuridad.

Desperté con el corazón acelerado, entre lágrimas, pero llena de júbilo. Había sido uno de los sueños más hermosos que había tenido. Miré la mesita: la vela se había consumido por completo y el plato de atún estaba vacío, aunque con ligeras manchas, como si alguien hubiera comido de él. Y, en efecto, alguien lo había hecho: ¡mi hijo! Y, por supuesto, allí estaba: la estatuilla de cera de aquel ángel de mis sueños.

No podía creer que lo que vivía era real, pero sabía que lo era. Había algo en mi corazón que me instaba a creer, como si hubiera estado ciega por mucho tiempo y finalmente tuviera un guía que me ayudara a transitar la oscuridad.

Le envié un mensaje a Rogers, pero no llegó; asumí que era muy temprano. Entonces decidí buscar el

nombre de mi ángel en Google, o al menos el nombre que me había dado Rogers. Escribí en el buscador: «Han el Oscuro». Los resultados fueron numerosos, la mayoría artículos académicos de universidades. Aunque no entendía mucho inglés, parecían tratar sobre antropología, por lo que pensé en consultar a mi primo, que estudia antropología en Valdivia y tiene inclinaciones peculiares. Sin embargo, encontré un artículo en un sitio que mencionaba que «Han es el nombre que los indígenas de Oklahoma dan a una entidad primordial de la oscuridad». No entendía del todo, pero al bajar en el artículo vi una imagen que no podía ser una coincidencia: era mi ángel, con sus hermosos rizos, envuelto en sedas doradas. Decía que era una estatua ubicada en una iglesia abandonada en Providence, Rhode Island. Me pareció curiosa y distante la conexión, dado que el curandero Rogers era peruano, pero planeaba visitarlo hoy para agradecerle y, con suerte, aclarar mis dudas.

Pasé toda la mañana reflexionando sobre el sueño y el ángel, apenas sentía apetito debido a los nervios, pero me reconfortaba saber que el nerviosismo era por algo positivo, en lugar de la tristeza acumulada. Tomé mis cosas y, casi por instinto, antes de salir me santigué y recité: «*Iyá Jajené cefayak vulgutún vugetelagel vulgutún*», buscando sentir que iba con su bendición.

Cuando llegué a la casucha de Rogers, lo encontré sonriente, fumando lo que parecía un habano. Apenas me vio, me saludó y yo le devolví el gesto. Luego, fue a abrirme la puerta.

— ¡Señorita! — exclamó— ¿Cómo le fue?

— ¡Oh, Rogers! — dije en un susurro— Ni te lo imaginas.

— Ya me contará — dijo invitándome a pasar—. Entre, entre.

Al entrar, la casa no había cambiado mucho desde la primera vez que la visité. Me senté en la silla junto a su escritorio y él en su lugar habitual.

— ¿Y bien? — preguntó mientras daba una calada a su puro— ¿Qué ocurrió?

— ¡Lo vi! ¡A mi hijo! Pero no solo lo vi a él, también vi a *Él*... — dije señalando la estatuilla— Necesito que me cuentes más sobre Han.

El anciano rió.

— Cualquiera que te escuche pensaría que estás enamorada — se inclinó hacia adelante—. ¿Te aceptó?

— Bueno... me habló sobre nuestro hijo y...

— ¿Nuestro? — dijo el anciano, mostrando su alegría— ¡Entonces funcionó!

En ese momento, el anciano comenzó a aplaudir. Me sentí un poco incómoda, pero supuse que simplemente estaba celebrando el éxito de su consultoría mágica.

— Quiero que me cuentes más sobre Han — le pedí—. ¿Lo veneraban en Perú?

— No exactamente... Mira, te contaré:

» Vengo en realidad de la frontera con Paraguay, donde llegaron los primeros misioneros jesuitas a Sudamérica. Pertenece a una clase de gente que no encontrarás en enciclopedias ni aprenderás en las escuelas. Teníamos ciertas similitudes con los quechuas y otros pueblos cercanos, pero también diferencias notables. Para nosotros, Hanan Pacha era un adversario de Viracocha, superior en gloria y esplendor. Mientras Viracocha surcaba los cielos, Hanan Pacha era el firmamento mismo, el lugar donde se posaban las estrellas que contemplábamos cada noche al sumirnos en sueños.

» La historia cuenta que, cuando los jesuitas llegaron, nuestra cosmovisión les pareció similar a la suya. Sin embargo, nuestras Matriarcas no creían que Jesús de Nazaret tuviera relación alguna con Hanan Pacha. Entonces se les habló del Arcángel Gabriel y se les mostró un ídolo de yeso que hoy se encuentra en algún museo en Lima. Al ver esa figura, las Matriarcas dijeron que ese era Hanan Pacha, y los jesuitas empezaron a referirse a él como «Han».

» No teníamos problemas en convivir con los jesuitas. Eran diferentes a otros europeos y sacerdotes; respetaban nuestras creencias y se interesaban por ellas, además de ayudar a la comunidad. No obstante, empezó una campaña de expulsión y persecución de los jesuitas en América. Mi madre me contaba que, en el Virreinato del Perú, nuestra gente fue condenada por no abrazar completamente el cristianismo y por continuar

adorando a Han, a quien los colonizadores llamaban «el Oscuro».

» Así que decidimos preservar nuestro credo, fruto de la unión entre los jesuitas y nuestra gente, en tres pueblos. Los que permanecieron en el altiplano continuaron adorando a Hanan Pacha, llamándolo simplemente Han. Se nos entregó un libro que contenía todos los misterios del Cielo, la Tierra y lo que hay sobre y bajo ella; era la fuente de nuestro credo, dictado por revelación divina a un noble caballero cruzado del siglo XIII.

» El segundo pueblo fue enviado al Norte, al actual territorio mesoamericano, donde se les instruyó en los misterios de las serpientes. El tercer grupo fue al Este, a lo que hoy es Brasil, y se les enseñó el misterio de las ánimas y cómo comunicarse con ellas. A pesar de la separación, los tres pueblos mantuvieron un credo similar, esperando algún día venerar a nuestros dioses sin la persecución de los cristianos.

» Con el tiempo, la religión establecida se volvió más cuestionable, especialmente en América, y nuestro culto ganó más libertad. Uno de nuestros miembros en Norteamérica contactó a un estadounidense, de apellido Bowen, quien fundó La Iglesia de la Sabiduría de las Estrellas, con una copia original del manuscrito del caballero cruzado. Nuestras redes se expandieron, pasando de generación en generación, y aquí estamos. Se cree que algún día la bóveda celeste volverá a brillar con el esplendor de antaño, y nuestros dioses vendrán, libres y altivos, permitiéndonos adorarlos sin los temores impuestos por los profanos».

Escuché el relato con atención, aunque sentía que le faltaba algo de contexto. Supuse que Rogers lo narraba de manera rudimentaria debido a las tradiciones de su pueblo, pero mi curiosidad persistía. Me agradaba saber que los jesuitas habían considerado a Han como un ángel; mi sueño no había sido en vano y, tal como me había dicho, ahora podría traer a nuestro hijo.

— ¿Qué debo hacer ahora? — pregunté con gran curiosidad a Rogers.

— Debes seguir dándole de comer — dijo con firmeza—. Se te seguirá apareciendo en sueños. Yo

no puedo ayudarte más allá de esto; siento que ya cumplí mi deber.

— Estoy muy agradecida — le respondí con algo de resignación, ya que sentía que necesitaba más orientación—. Pero, ¿realmente no hay nada más que pueda hacer?

El anciano movió la cabeza en señal de negación.

— Nada. Debes seguir dándole de comer y dejar que él sea tu guía. ¿No te has olvidado de la letanía?

— ¿Letanía? — pregunté.

— La oración que te pasé.

— ¡Ah! No, la tengo memorizada, es...

Me interrumpió con firmeza.

— No la digas aquí; no es seguro.

Me levanté y me despedí del anciano, quien me deseó toda la suerte del mundo. Al salir, una profunda alegría me invadió, similar a la que había sentido en las consultas médicas durante el embarazo. Esperaba volver a ver a Rogers en algún momento. Fui a tomar un café en el centro de la ciudad, pensando en escribirle a mi primo, que estudia Antropología en la Universidad Austral. Sin embargo, no quería que mi familia materna se enterara de nada. Me sentía algo deprimida y sola, pero justo entonces lo sentí: ¡el primer golpecito cerca de mi estómago! ¿Cómo era posible? Di un par de sorbos al café apresuradamente y me dirigí al supermercado a comprar comida para el niño.

Recorrí los pasillos del supermercado, sin saber exactamente qué comprar. No quería darle una dieta basada solo en pescado, así que compré una cantidad prudente de atún enlatado. Luego recordé que mi abuela solía decir que el hígado de res era muy saludable para los infantes, así que adquirí varias piezas. Pedí un Uber para que me llevara a casa. Al bajar del Uber con las bolsas del supermercado, entré en mi casa, dejé las bolsas en la mesa y las fui ordenando en el refrigerador. Me dirigí a mi habitación y allí estaba: la estatuilla de Han. Me sentía como una niña, deseando que llegara la noche para soñar con él de nuevo.

Sin embargo, me sorprendió ver que el plato donde había dejado el atún la noche anterior estaba cubierto de lo que parecían gusanos rojos. Sentí un asco

profundo, pero supuse que era culpa mía por haberlo dejado allí. Tomé el plato con cuidado para no ensuciar a Han y lo tiré al basurero. Luego me puse a preparar el alimento para la noche.

Mientras molía el hígado de res en la licuadora, una idea brillante surgió en mi mente: mudarme a Valdivia. Mi vida ya había sido desmoronada y sentía que era el momento de dejar Nueva Baviera atrás. No planeaba llevarme muebles ni nada por el estilo; quería empezar de cero con los pocos ahorros que tenía, para brindar un buen futuro a mi hijo. Compré un pasaje en bus para mañana antes del mediodía. Ya estaba decidida, sin intenciones de contarle a nadie. Esta vez se trataba de mí, de nosotros: la madre, el hijo y el espíritu santo que era Han. Además, pensé que podría visitar la Universidad Austral para investigar más sobre el culto; estaba segura de que en la Facultad encontraría algo.

Dejé la papilla de hígado frente a la estatuilla del ángel y me acosté, ansiosa por soñar. Pronuncié el mantra que Rogers me enseñó: «Iyá Jajené cefayak vulgutún vugetelagel vulgutún» y, en pocos minutos, ya estaba dormida.

Esta vez, el lugar estaba iluminado por unas luces similares a las de una oficina. Yo estaba recostada en unas sábanas blancas y llevaba un vestido rojo. Comencé a caminar por pasillos interminables de paredes blancas y suelos que parecían de tela.

— ¡Hijo! ¡Hijo! — exclamé — ¿Dónde estás?

Una risita se escuchó a lo lejos.

— ¡Voy por ti! — le respondí.

De repente, algo me tocó la espalda y me dio un escalofrío. Al voltear, vi que era mi ángel.

— Veo que ya llegaste — dijo con ternura, tomándome la mano—. Ha pasado casi una eternidad, aunque sé que en tu mundo es diferente. Ven, vamos a ver a... tu niño.

De nuevo, todo se tornó oscuro. Era guiada solo por mi ángel y por una pequeña luz en la distancia. Me sentía como si levitara y era como si todo el vello de mi cuerpo se me erizase. Llegamos a una habitación iluminada por la velita de té que había dejado junto a la comida. Allí estaba mi hijo, y unos

hombres de piel roja le estaban colocando la piel mientras él reía.

— ¿Quiénes son ellos? — pregunté, asombrada.

— Son nuestros sirvientes — respondió—. Se están encargando de preparar al niño para ti, ya lo han alimentado — dijo, señalando un plato vacío a un lado—. Por mi parte, puedo decir que te has mostrado muy devota en tu misión.

En ese momento, me abrazó y colocó su delicada mano en mi piel, que ardía como si fuera fuego.

— Llegó el momento — me dijo.

Se acercó y me dio un beso, uno de los mejores que había recibido en mi vida. Sentí una oleada de calor y puse mis brazos alrededor de su cuello, dejándome llevar. Al principio, pensé que todo se estaba volviendo más apasionado y que lo que percibía era su lengua. Pero, poco a poco, comencé a sentirla más profundamente, descendiendo por mi cuerpo hasta llegar al vientre. Una serie de descargas eléctricas recorrieron mi ser, mientras me dejaba llevar por una sensación que no comprendía del todo. Estaba hipnotizada, perdida en aquel beso.

Cuando finalmente nos separamos, me di cuenta de que tenía mucha saliva en la boca, la cual me limpié rápidamente con la manga.

— ¿Qué fue eso? — pregunté, todavía algo aturdida.

— ¿No te gustó? — respondió con una sonrisa—. He depositado la semilla.

— No digo que no me haya gustado, pero fue... raro. Aunque sí, me gustó mucho — admití, sonrojada y tratando de contener la emoción.

— Eso supuse — dijo, llevándose la mano al mentón—. Mañana viajarás a una nueva ciudad. Me parece ideal que empieces una nueva vida para esta empresa.

Lo miré con preocupación por un instante. Sentía una punzada de tristeza al pensar que tal vez nunca podría criar a nuestro hijo en su mundo, junto a él.

— No pienses eso — dijo, como si hubiera leído mis pensamientos—. Las cosas no son como imaginas, pero todo irá bien, lo percibo. Solo míralo.

Señaló entonces a nuestro hijo, que ya estaba completamente cubierto por las pieles que los

pequeños hombres de piel roja le habían puesto. Era increíblemente alto, y el orgullo por mi muchacho se desbordó en mi interior. Sin embargo, algo me inquietaba: las pieles no parecían formar una unidad. Parecía que habían elegido diferentes fragmentos de varias personas para cubrir su cuerpo: una nariz de alguien, una boca de otro.

— No te preocupes por eso — dijo Han, riendo—. En tu mundo, las cosas se reflejan de otra manera. Ahora, despierta.

Abri los ojos y desperté de golpe. Eran las seis de la mañana, y el mareo típico del embarazo ya comenzaba a apoderarse de mí. El plato junto a la estatuilla estaba vacío nuevamente, pero Han seguía allí, distante, quizás un poco impasible. Aun así, algo en su firmeza me reconfortaba. Sentía que era el tipo de hombre que siempre había necesitado: uno que actuaba con responsabilidad.

Me levanté entonces, lista para ducharme y preparar las cosas para el viaje a Valdivia.

II

Llegué a Valdivia pasado el mediodía. La verdad es que me sentía un poco desorientada; por un momento, creí que todo había sido muy improvisado. Sin embargo, estaba decidida a empezar una nueva vida con nuestro hijo. El viaje fue tranquilo, aunque tenía un fuerte dolor de cabeza. Asumí que era parte del embarazo. Durante el trayecto, revisé Booking para arrendar una cabaña de madera donde me hospedaría al menos por unos días.

Valdivia había cambiado mucho; casi no parecía la ciudad que conocían mis padres. Parecía que la plaga de caribeños había llegado incluso al sur del país. Pero bueno, supongo que debíamos seguir cumpliendo la promesa de ser chilenos honrados y trabajadores, aunque ellos ni siquiera fueran chilenos legalmente. Recorrí la Avenida Arturo Prat con desconfianza, observando el río Callecalle. De nuevo, me sentía despistada, y más aún por el hecho de estar quizá embarazada, así que decidí ir directamente a lo que me traía aquí: iba a la Isla Teja para consultar en la Facultad sobre Hanan Pacha.

Mientras caminaba, decidí tomar un taxi, ya que no pensaba usar el transporte público.

Fue entonces cuando, como si se tratara de alguna clase de augurio, lo vi sentado, tomando una lager artesanal en el patio de una cervecería. Al principio no lo reconocí, se veía tan cambiado... siempre fue el raro del curso; todos lo evitábamos porque pasaba el tiempo hablando de dioses y demonios, y no negaba practicar magia negra. Era un tipo muy raro, pero ahora se veía diferente: maduro y hasta saludable. Me acerqué con cuidado, quería que me viera primero, pero seguía inmerso en su propio mundo.

— Disculpa — le dije nerviosa—, ¿Eric Krause?

Se volteó a mirarme, asombrado, con un poco de espuma de cerveza en el bigote. Me observó casi a la defensiva y respondió:

— ¿Quién eres? Sí, soy Eric Krause. ¿Te conozco acaso?

Me sentí nerviosa. Creo que lo notó.

— Perdón si soné rudo — dijo suspirando—, no era mi intención asustarte...

— No, no — respondí rápidamente—, fue mi culpa por importunarte. Fuimos compañeros en la Austral. Yo estaba en Castellano, y tú parecías llevarte bien con mi amiga Paula.

Le dio un trago a su cerveza. Pensé que me pediría más detalles, pero, para mi sorpresa, se limitó a decir:

— ¿En qué puedo ayudarte? Toma asiento — señaló la silla de enfrente—. ¿Te apetece una cerveza artesanal? Yo invito.

— No, gracias — dije sonriendo—, estoy embarazada.

Vi cómo abrió los ojos, incrédulo.

— ¿Cuántos meses llevas, si no te molesta que pregunte? — dijo, y luego añadió— En ese caso, ¿te apetece un capuchino? ¿O quizá un frappé?

— Un capuchino está bien — dije mientras me sentaba—. La verdad, tu ayuda me vendría muy bien, Eric. Justamente tiene que ver con este embarazo.

— ¿De verdad piensas que hago abortos? — dijo, agachando la vista hacia mi estómago— Parece que lleva poco tiempo, es ideal para...

— No, no — lo interrumpí—, no es para un aborto. Veo que sigues siendo igual de desatinado.

En ese momento, Eric llamó al camarero y le pidió el capuchino para mí.

— ¿Y de qué se trata entonces? — me preguntó— No nos vamos a andar con medias tintas. Dejé este lugar hace bastante tiempo, y supongo que la imagen que tienes de mí es exactamente la que imagino.

— ¿Cuál sería esa? — pregunté, sintiéndome tonta.

— Que soy ocultista — dijo, tomando un sorbo de su cerveza—. Lo dejé, ya no lo practico, ni mucho menos me interesa.

En ese momento me trajeron el capuchino; di las gracias y seguimos conversando.

— Mira — dije, abriendo mi bolso—, si seguimos así, vamos a estar toda la tarde con rodeos. De casualidad, ¿te resulta familiar esto? — le mostré el ídolo de Han que tenía guardado en el bolso.

Eric abrió los ojos y noté que sus piernas temblaban. Le dio un buen trago a su cerveza, tratando de acallar su nerviosismo. Casi acto seguido, sacó una tira de pastillas de su chaqueta y tomó una ayudándose con el escaso líquido que quedaba en la botella.

— ¿Dónde lo encontraste? — me preguntó, visiblemente inquieto— ¿Tienes la más mínima idea de lo que es?

— Es el ángel Han, de los indígenas. Simboliza el cielo y las estre...

Me interrumpió con una risa que rayaba en lo molesto. Se inclinó y susurró:

— ¿Quién te dijo todo eso? ¿Has estado leyendo esas tonterías *new age*? ¿O te has puesto a leer los artículos del profesor Alvarado? Parece que hay una obsesión ahora por reivindicar lo *primigenio* de esos indios — dijo, escupiendo al suelo—. Lo que tienes ahí es un fetiche, ni más ni menos. Me llama la atención la figura, parece una mandrágora, pero es la visión distorsionada que los indios y el *new age* tienen de Han, el Oscuro.

En ese momento, sentí que se me helaba la piel.

— ¿Entonces conoces a Han el Oscuro? — le pregunté, llena de curiosidad— ¿Qué sabes de él?

Estaba segura de que Krause me daría un enfoque más académico y certero sobre el origen de mi ángel.

— Primero que nada, no es un ángel — dijo con cierto aire dramático—, pero supongo que podría parecerse a uno. Ha habido una controversia histórica sobre un posible pueblo en el altiplano de Perú que, según dicen, veneraba a esta deidad y que luego se sincretizó con San Gabriel cuando llegaron los jesuitas. Sin embargo, todo esto son teorías de académicos poco rigurosos que no se ponen de acuerdo con las fechas, como Felipe Alvarado y el colgado de Sergio Fritz. Yo te voy a contar, en cambio, lo que sí está confirmado y no son teorías, ya que yo mismo consulté el grimorio en el que se encuentra la referencia más antigua a Han el Oscuro:

» Lo que te puedo contar es lo que saben los cultistas occidentales y que considero más fidedigno. Ya conocerás a Reccaredus Magnus, pues la copia original en flamenco del *Liber Veneris* se encuentra en la Universidad Austral. Sin embargo, hubo un brujo, siguiendo la línea del polímata renacentista Magnus, que lo inició en todas las artes de la alquimia y la nigromancia. Su nombre era Ludvig Prinn, quien, curiosamente, era flamenco. Participó en la Novena Cruzada en 1271. En las enciclopedias leerás que fue capturado por los sirios, pero no es así. Ludvig Prinn ya había asimilado hace tiempo que el verdadero Dios no era por el que estaba combatiendo. En Siria, aprendió la taumaturgia, el arte o capacidad de hacer milagros, tras entrar en contacto con los *djinn*, entidades de la mitología islámica que no son exactamente ángeles, pero que coexisten con ellos. Los *djinn* rebeldes, abundantes, son llamados *ifrits* o *marids* según la región y su vínculo con la tierra, siendo estos seres elementales. Para no confundirte, podríamos decir que son lo más cercano a demonios, aunque, citando a Iblis, fueron creados del fuego, mientras que el hombre fue creado del barro. Esta frase es una de las razones por las que los *djinn* se rebelaron según el Islam. Ludvig Prinn recorrió todo Medio Oriente y adquirió un sinfín de conocimientos, pero no habría sido capaz de hacerlo sin los *djinn*. Usando ciertas artes que le enseñaron los sirios, y que estos mismos habían robado a los kurdos, logró aprisionar a los *djinn* para tenerlos bajo su control.

» Ya muy viejo, Prinn regresó a Europa, y ahí es donde los historiadores no se ponen de acuerdo. Hay registros de su juicio por brujería a finales del siglo XV e inicios del XVI, pero eso implicaría que Prinn habría alcanzado una longevidad que, aunque no me sorprende, prefiero no profundizar. Los *djinn* que adiestró, visibles solo para él, lo protegieron de los cazadores de brujas en su pequeña guarida en Bruselas, en unos restos de una tumba pre-romana. Sin embargo, fue apresado y, mientras estaba prisionero, redactó lo que sería conocido como el *De Vermis Mysteriis*, conocido en español como «Los misterios del gusano». Aunque Prinn fue quemado en la hoguera, el manuscrito se filtró entre los ocultistas de los alrededores, quienes lo vigilaron de cerca. La muerte de Prinn lo martirizó, y fue cuestión de tiempo para que copias del *De Vermis Mysteriis* comenzaran a circular clandestinamente. La Iglesia condenó el manuscrito y persiguió cada copia existente; hoy en día solo se conocen quince manuscritos originales, algunos en la Universidad de Miskatonic en Massachusetts y otras versiones en dialectos como el frisón en la Universidad Privada Gustavo Adolfo Bécquer de Madrid. Yo mismo pude hojear una de ellas.

» El grimorio consta de una serie de encantamientos y rituales para dominar y controlar a estos *djinn*, que, esto ya te lo aclaro, no tienen la apariencia humanoide que podrías imaginar. El resto del contenido incluye menciones a los tres dioses de la adivinación: Yig, Byatis y Han, quien es referido a menudo como «el Oscuro». De Yig se ha escrito suficiente; muchos antropólogos mexicanos y estadounidenses, como el destacado profesor Robert H. Barlow, documentaron el culto de esta deidad serpiente adorada en Mesoamérica. De Byatis no sé mucho, salvo que está relacionado con cultos primitivos de las Islas Británicas, algo que siempre me ha generado cierto rechazo. En cuanto a Han, debo decir que sé más de lo que cabría de esperar, en parte gracias a ciertas investigaciones en las que tengo el dudoso honor de haber participado, coordinadas por un grupo de antropólogos de la Universidad Gustavo Adolfo Bécquer en Madrid.

Efectivamente, Han guarda relación con el culto indígena al Hanan Pacha, lo cual no me sorprende; estos seres han estado aquí mucho antes de que el hombre existiera. Aun así, sería el mismo discípulo de Ludvig Prinn, el célebre Reccaredus Magnus, quien redactaría algunos versos en el infame *Liber Veneris* sobre la naturaleza de Han, vinculándolo con otros panteones de los cuales se tiene más información. No lo recuerdo bien, pues trato de no hojear el *Liber Veneris* con demasiada frecuencia, por miedo a deteriorar aún más mi salud mental. Sin embargo, te puedo decir que Reccaredus Magnus hace referencia a un lugar conocido como Tíndalos, que sería algo así como una prisión en la cual se encontraría contenido junto a otras deidades de similar naturaleza. De Tíndalos no sé mucho, sin embargo, tienes que entender que estos dioses son algo diferentes a los de las demás cosmogonías. Por intentar sistematizar un poco, se podría decir que la división en la que se encuentra Han es la de los llamados «Primigenios», o, al menos, eso dicen los de la Miskatonic. Para que me entiendas, estos «Primigenios» vendrían siendo unas entidades sobrenaturales que se encuentran prisioneras, esperando a que nosotros, los humanos, seamos quienes los liberemos. De este modo, podrían hacer que el orden de las cosas volviese a ser como era un principio, con ellos en la cúspide y los demás seres en servil obediencia hacia sus caprichos y mandatos.

» Con el auge del *new age* y la normalización de las prácticas ocultistas, comenzaron a circular por ahí, en los años noventa, ciertos *papers* en los que se trataba de sintetizar y armonizar un popurri de tradiciones. Algunos de ellos explicaban cómo preparar ciertos objetos rituales vinculados a Han. Uno de ellos sería la estatuilla que tienes ahí, que es usada por tarotistas, pitonisas, y demás charlatanes como «guía» para sus adivinaciones. Eso es todo lo que puedo decirte, espero haber resuelto tus dudas.

Escuché el relato con atención, pero no pude evitar que se me erizara la piel. No sabía si lo que contó Krause era objetivo o no, pero era más crudo que lo que me había dicho el viejo Rogers, quien lo pintó como algo más benigno. Intenté disimular mi

nerviosismo; lo que más me inquietaba era el hecho de que Krause mencionó que las entidades como Han buscan regresar a la Tierra. Quería hacerle más preguntas, pero tenía miedo. Por un momento, incluso me olvidé del niño que llevaba en mi vientre y no estaba segura de si debía contarle a Krause todo lo que había vivido.

— Y, ¿a qué se debe esta repentina curiosidad? — me preguntó, con un cierto aire de mofa— ¿Estás acaso practicando brujería?

— No, no — respondí, dando unos sorbos a mi capuchino, que ya estaba por terminar— . No es nada importante.

Krause me miró de reojo mientras sostenía la estatuilla que le había mostrado. Sentía que él podía percibir que estaba involucrada en algo extraño. No tardó en confirmarlo cuando dijo:

— Me gustaría ayudarte, pero estoy tratando de mantener un perfil bajo. Aun así, el indio de Felipe Alvarado ahora es profesor de antropología en la Universidad Austral y es curador, ni más ni menos, de la copia del *Liber Veneris* — dijo, escupiendo al suelo.

— ¿Y qué puedo hacer yo con eso? — pregunté, con una cierta curiosidad.

— No lo sé — respondió, mientras le hacía un gesto al camarero para pedir la cuenta— , pero creo que consultar los versos de Reccaredus Magnus podría ayudarte a saber más sobre ese «ángel» del que tanto me hablas

Krause sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Por un momento me sentí frustrada y confundida. La verdad es que había recibido demasiada información de golpe, y lo que había vivido en sueños no ayudaba. Sentí mareos por el embarazo nuevamente y ya empezaba a temer que me sobreviniera una migraña. Krause pagó la cuenta y se despidió de mí con amabilidad. Nos separamos, tomando diferentes caminos. Yo iría a la Isla Teja, ya que, incluso aunque decidiera no pasar por la Universidad Austral, la cabaña que arrendé estaba allí. Tomé un taxi, ya que me pareció una opción más rápida y directa que optar por otro medio de transporte público.

Mientras iba en el taxi, pensaba en todo lo que Krause había dicho sobre los *djinn*. Supuse que se refería a los famosos genios de la lámpara. ¿Era posible que Han fuera uno de ellos? ¿Acaso me estaba usando? Todo esto me revolvía el estómago, si es que no eran los golpeitos de nuestro niño los que me incomodaban.

El taxi me dejó a las afueras de la zona de cabañas. Fui a buscar a los dueños, para que me dieran la llave de la que sería, por un tiempo, mi casa. No les di mucha información, en parte porque ellos tampoco preguntaron demasiado. Al entrar a la cabaña, vi que estaba bien equipada, con una habitación con cama matrimonial, una estufa eléctrica y una cocina. Todo lo necesario. Dejé la estatuilla de Han en el velador junto a la cama y me recosté, cansada y agobiada. No me di cuenta de que cometí un error, y es que me quedé dormida sin dejarle comida al niño. Pensé que no importaba, ya que no era de noche. Pero me equivoqué.

En el sueño, estaba en la misma habitación de siempre, pero esta vez no había iluminación alguna. Me levanté de la cama, como por instinto, pero algo me tomó de la rodilla, apretándola y arrastrándome en la oscuridad, haciéndome caer contra el suelo.

— ¡¿Han?! ¡¿eres tú?! — exclamé.

Solo escuché llantos de bebé.

— ¡¿Hijo?! — exclamé al vacío.

Entonces comencé a sentir pasos y, finalmente, vi su rostro frente al mío. ¡Era mi hijo! Ya era todo un hombre, aunque me dio la impresión de que era demasiado alto y casi raquítico. Nuevamente parecía desnutrido.

— Hijo mío, ¿estás bien? — le pregunté.

— HAMBRE — exclamó con una voz gutural que me llenó de terror.

En ese momento, me cogió con fuerza de los brazos y me puso frente a él. Yo estaba aterrorizada y solo quería despertar. Abrió su mandíbula de forma desproporcionada y me engulló. Ardía mucho, dolía. Iba a devorarme por completo; sentí cómo cerraba sus dientes, hiriendo mis piernas y brazos. Finalmente, escuché un rugido y desperté de golpe.

Me levanté de la cama con un profundo malestar y la espalda humedecida por los sudores fríos. Fui al baño, pensando que iba a vomitar, pero no fue así. Mientras me miraba en el espejo, muy asustada y tratando de asimilar todo, sentí que se me mojaba el pantalón. En ese momento supe lo que había pasado. Me bajé los pantalones para ver, aunque ya sabía bien lo que había ocurrido: se había roto la placenta. Mientras miraba mi entrepierna, alcé la mirada en el espejo y ahí estaba, Han.

— ¡Han! — exclamé, golpeando el espejo—. ¡Amor mío! De verdad lo siento, yo...

— Tranquila — dijo con una voz que me transmitía mucha calma—. Es normal; todo lo que está pasando es normal. Hasta Cristo tuvo dudas. No te preocupes, el camino está preparado. Ya pronto vendrá.

— ¿Vendrá? — le pregunté— ¿Te refieres a nuestro niño, Han? ¿Quién viene?

En ese momento, vi cómo se alejaba en otra dirección, desapareciendo en el interior del espejo.

— ¡Han! — dije entre lágrimas— ¡Han!

Pero no sirvió de nada. Me di una ducha entre lágrimas, sintiendo mucho dolor. Me vestí y vi la hora; eran las tres de la mañana, pero no podía dormir. Decidí terminar con esto; iría a la Universidad Austral y, luego, trataría de conseguir un médico como fuera. Preparé café y, en caso de que me llegase a quedar dormida, dejé un plato con queso junto a la estatuilla de Han.

Por un momento, sentí odio hacia él, pero en el fondo algo me hacía amarlo más que a nada en el mundo. Pensé en mi ex pareja, pero era evidente que él no creería en nada de esto. Entonces, recordé a Eric Krause. Lo busqué por Facebook, pero no lo tenía. Sin embargo, para mi sorpresa, tenía Twitter. Le dejé un mensaje directo esperando que lo viera. Media hora después, lo vio.

Le conté que no le había dicho toda la verdad y que necesitaba ayuda con el asunto de Han. Dijo que estaría en Valdivia por poco tiempo. Yo le expliqué que solo quería que me acompañara a la Universidad Austral, que era urgente. Me pidió que esperase un momento. Quince minutos después, volvió con un

mensaje que decía: «¿Te preñó?». Le respondí con un simple «Sí». Estaba segura de que ya estaba al tanto de lo que pasaba. Me dio su WhatsApp y me pidió mi ubicación. Se la envié y dijo que haría lo posible por ayudarme, pero que no esperara maravillas.

Sentí cierto alivio y decidí esperar a Krause. Mientras tanto, debía mantenerme despierta a pesar de que mi cabeza daba vueltas. Debía mantener la calma; sentía que pronto todo esto se resolvería. Pensé en lo que me dijo Han cuando lo conocí, lo de María. ¿Era posible que Eric Krause fuera una especie de José? ¿O quizás un Rey Mago? No, no, estaba desvariando. Nada de esto tenía sentido. Por el momento, solo me quedaba conservar la calma y esperar.

III

Estaba esperando a Eric cuando me di cuenta de que tenía marcas en los brazos y en las piernas, como si un perro o un gato me hubiera mordido. ¿Eran acaso las marcas de los dientes de mi niño? Ardía demasiado y aún era incapaz de comprender por completo todo lo que estaba pasando. Fue entonces sentí un fuerte dolor en el vientre y, al subir mi blusa, vi que había comenzado a aparecer tímidamente un bulto. Estaba asombrada y no pude reprimir una lágrima de felicidad, pese a que una parte de mí ya sospechaba que estaba cayendo en una suerte de autoengaño. En ese momento llamaron a la puerta. Me bajé la blusa y fui a abrir; era Eric.

— ¿Estás bien? — preguntó — Pareces hecha una mierda.

El comentario me hizo reír un poco. Lo invité a pasar y vi que traía consigo un maletín. Se sentó en el sofá.

— ¿Quieres un café? — le pregunté.

— No, pero sí me gustaría que me acerques un tazón. ¿Te molesta si fumo?

— No, para nada.

Fui a buscar un tazón, asumiendo que lo iba a usar de cenicero. Se lo puse en la mesa frente al sofá y me senté junto a él.

— Aunque preferiría haberlo evitado, consulté mi edición del Liber Veneris — dijo mientras abría un lado de la chaqueta y mostraba un pequeño libro negro—. Es una copia familiar. Después de hacerlo, les hice un par de preguntas a unos amigos de España y, una vez que lo hube asimilado todo, no me fue difícil darme cuenta de que ese embarazo del que hablabas tenía que ver con esta... particular situación — en ese momento sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió—. ¿Hace cuánto que pasó? Ya sabes, lo de Han.

— No más de tres días — le respondí—. Yo...

— Sé lo de tu hijo muerto — dijo, interrumpiéndome—. Vi una noticia sobre una misa en su nombre mientras te investigaba. Asumo que quisiste hablar con él o algo así. Curioso, porque sé por fuentes fiables que ese peruano de mierda, Rogers, se estableció en Nueva Baviera hace un par de meses.

— ¿Conoces a Rogers? — le pregunté asombrada— ¿Y me investigaste?

— Sí... y sí — dijo dando una calada a su cigarrillo—. Ya me olía raro; a Rogers lo tenemos fichado por sus vínculos con una rama extremista de...

Hizo una pausa.

— Bueno, eso no es lo importante ahora. ¿Qué te dijo? O, lo que es más importante, ¿qué te hizo el Oscuro en sueños? ¿Pudiste ver el lugar en el que estaba?

En ese momento, traté de contarle todo con lujo de detalles. Fue inevitable que se me escapara alguna lágrima.

— ¿Y dices que ahora se te rompió la placenta? — comentó asombrado— Mira, si no estuviera loco no me creería nada de esto, pero he visto tantas cosas raras que sé que, incluso en la locura, hay algo de realidad. ¿Has ido a un médico?

Negué con la cabeza.

— Incluso si todo esto es parte de tu imaginación, lo que me cuentas me hace pensar que deberías ver a un médico cuanto antes — dijo, abriendo su maletín—. Con respecto a los sueños, esto te ayudará

a dormir. Necesitarás descansar un poco antes de que hagamos nuestra visita a la Universidad Austral.

Me mostró lo que parecía una piedrita de mar, adornada con varios puntitos blancos que se asemejaban a perlas y que acababan formando algo similar a una estrella.

— Ve a dormir mientras sujetas esto con la mano — dijo, entregándome la piedra—. Te juro que esto te protegerá.

— ¿Y tú qué harás? — le pregunté.

— Yo me quedaré despierto, fumando y soñando. No necesito dormir para soñar.

Acepté su propuesta, pues me encontraba cansada y había decidido confiar en él. Cuando estudiábamos juntos, siempre hablaba con mucho conocimiento y convicción sobre todo aquello que pudiese tener un trasfondo esotérico, así que quería pensar que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Además, era consciente de que lo estaba haciendo desinteresadamente. Me retiré a la habitación y me recosté en la cama, mientras Eric sacaba una laptop del maletín y fumaba. Me quedé dormida viéndolo y, gracias a él, dormí tranquila y profundamente, sin soñar nada.

Eric me despertó con calma, en torno a las nueve de la mañana. Me preparó un desayuno de huevos y salchichas con café, un gesto que me pareció muy amable de su parte. Aun así, noté en su semblante la sombra de la preocupación.

— Iremos a la Universidad Austral — dijo suspirando—. A ver si el indio de Felipe puede ayudarnos con algo. Después de eso, te acompañaré al médico.

Tragué un sorbo de café y le respondí:

— Quisiera ir sola al médico, no quiero involucrarte más en esto.

Quise tomar su mano, pero vi que la retiró por reflejo.

— Te esperaré afuera — dijo con tono serio—. Recuerda llevar la estatuilla.

Asentí con la cabeza.

Al salir, vi un taxi esperando. Eric me hizo un gesto para que subiéramos y, una vez dentro, le indicó al conductor que nos llevase a la Universidad Austral,

en la calle del Edificio Nahmías. Fuimos en silencio durante todo el trayecto; el taxista no hizo muchas preguntas. El bulto en el estómago me dolía, pero traté de disimularlo. No quería que Eric se diera cuenta.

Al llegar al Edificio Nahmías, entramos y caminamos entre mesas de estudiantes. La mayoría estaban vacías, pero unos pocos estaban allí, charlando y tomando café mientras sostenían sus libros. En una esquina, en una de las mesas, estaba el profesor Felipe Alvarado, de Antropología. Al vernos, se levantó casi asombrado por nuestra presencia, aunque incapaz de disimular una cierta molestia.

— Así que de verdad has venido... — dijo— ¿Y bien, Eric? Espero que esto valga la pena. Tuve que posponer una clase.

— Lo valdrá — dijo Eric con recelo—. ¿Te acuerdas de ella? Es...

— No, no me acuerdo de ella — replicó Felipe, con arrogancia—. Vamos al grano, Eric. Tomen asiento. Noté que Eric adoptó una postura casi agresiva, apoyando sus manos en la mesa e inclinándose hacia su interlocutor. no podía culparlo, el profesor Felipe rayaba en lo petulante.

— ¿Qué tienes para mí? — preguntó Felipe— ¿Te decidiste a donar la copia del Liber Veneris o...?

— Muéstrale — me dijo Eric.

Saqué la estatuilla y, al verla, el profesor Felipe dio un brinco, se puso de pie y alarmó a los demás, aunque trató de recuperar la compostura.

— ¿De dónde la ha sacado? — preguntó asombrado—. ¿Puedo verla?

Se la entregué.

— Estos relieves parecen raíces. No tiene rostro... eso tiene sentido. Han es el reflejo mismo de nuestros deseos, del cielo mismo. El material del que está hecho parece cera de vela, pero estoy seguro de que está hecho con grasa humana; es lo más común entre los autóctonos del pueblo *kiltú* — afirmó.

— ¿Sigues manteniendo esa farsa del pueblo *kiltú*? — dijo Eric, molesto— No hay evidencia histórica que lo respalde, ni siquiera esta estatuilla es prueba de ello; la pudo haber hecho cualquiera.

— Es demasiado similar a lo que encontramos en Árica, al norte de Chile. Actualmente hay algunos ejemplares en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú —dijo, jactándose—. Yo mismo gestioné las relaciones con los nativos *kiltú*.

El profesor Felipe no apartaba su atención de la estatua. En ese momento me dirigí la mirada:

— Señorita, no ha dicho nada, así que asumo que el señor Krause ya le ha lavado la cabeza con sus relatos, típicos de la mente occidental de un hombre blanco privilegiado — me entregó la estatuilla—. ¿Le interesaría escuchar la historia de los nativos *kiltú*?

— Ya hablé con un nativo *kiltú*... o eso creo — dije mientras tocaba disimuladamente mi bulto, que no dejaba de doler—. ¿Son del Perú?

— ¿Me permite que le cuente? — insistió el profesor.

Eric me dio un ligero golpe con el codo y me susurró:

— Dile que sí para que se deje de joder...

Asentí con la cabeza, mirando al profesor. Entonces, comenzó su relato:

— No se sabía mucho de los *kiltú* hasta hace poco, cuando logramos contactar a algunos nativos que habitaban entre el altiplano de Perú y Bolivia. Como era común entre los pueblos amerindios, eran cocaleros y trabajaban la alfarería. La verdad resulta un tanto difícil separar al pueblo *kiltú* de los demás pueblos amerindios, pero no fue sino hasta que un investigador independiente, el señor Sergio Fritz, entró en contacto con uno de ellos.

» Lo que diferenciaba a los *kiltú* de los demás pueblos era, justamente, su cosmogonía. El señor Fritz llevaba años estudiando las tradiciones más profundas y esotéricas arraigadas en las diferentes culturas indígenas, algo digno de respeto. Convivió con ellos y notó que los grabados en sus cerámicas eran similares a algunos encontrados en el Tíbet y Mongolia, asociados con la mítica Meseta de Leng. Los *kiltú* son una etnia emparentada con los ya desaparecidos mayas, quienes, según cuentan, fueron los que emigraron al norte durante la «Gran División», con la expulsión de los jesuitas de

América. Los *kiltú* se quedaron en Perú y Bolivia; se habla de un tercer pueblo, que posiblemente serían los guaraníes. Esto no está comprobado, pero hay historias en la tradición guaraní, con fuerte influencia cristiana, que dicen que los jesuitas otorgaron tres estatuillas a tres pueblos: una del diablo, una de Cristo y otra de La Muerte.

» Esta leyenda es muy similar a la que circula entre los *kiltú*, quienes afirman que los que fueron al norte llevaron el conocimiento de la serpiente, mientras que los que se dirigieron al este llevaron el conocimiento de las ánimas. Se compararon algunas cerámicas y artesanías *kiltú* con las registradas por Robert Hayward Barlow mientras estudiaba el culto a la serpiente Yig y otros dioses mesoamericanos, y era increíble la coincidencia, a pesar de la gran brecha histórica y temporal entre ambos pueblos. Los *kiltú* son bastante abiertos hoy en día con su tradición; se refieren a Han como «el Oscuro», pues así lo aprendieron de los criollos españoles mientras lo adoraban en secreto. No les resulta molesto ni lo consideran despectivo, ya que asocian la oscuridad con las estrellas y el firmamento, algo que no dista mucho de la cosmovisión primitiva que vinculaba a Han con el Hanan Pacha.

» La sociedad de los *kiltú* es matriarcal y suelen ser las mujeres quienes preparan a los chamanes mediante diversos ritos con plantas cuyo objetivo es ayudarles a dominar el arte de la adivinación y comprensión de los sueños. Este poder no es algo enteramente «propio», sino que depende de la guía que les ofrece Han, el Oscuro. Curiosamente, los cánticos usados en el ritual parecen ser una variante del *naacal*, al menos en cuanto a fonética, lo cual sorprendió incluso a los expertos. Me atrevo a considerarlo una auténtica revelación.

Escuché el relato con atención, pero me pareció que gran parte de ello carecía de bases. Me transmitía desconfianza, aunque había algo de verdad. Estoy segura de que el profesor Felipe hubiera seguido hablando, de no ser porque Eric dio un golpe en la mesa y dijo:

— ¿Y Fritz te comentó sobre ciertos ritos *kiltú* semejantes a los practicados por los tcho-tcho de

Leng, que involucran canibalismo? ¿O solo cuentas aquello que sirve para pintar una imagen favorable de estos indios?

El profesor Felipe rio.

— Indígenas, son indígenas. Por lo demás, decir que sobre la existencia del pueblo tcho-tcho no hay pruebas, más allá de que algunos supuestos antropólogos han querido conectarlos con el pueblo *chaucha* de Malasia. Y, antes de que me intentes contraargumentar diciendo que mencioné la Meseta de Leng, déjame decirte que bien sabes que de eso sí existen registros al respecto, aunque no se haya podido situar su ubicación exacta. Sí, es posible que en ella vivan realmente los tcho-tcho, pero eso no es garantía de que sean tan viles como dictan las malas lenguas.

En ese momento sentí un fuerte retortijón en el estómago, casi como si hubiera recibido un puñetazo. No pude ocultarlo y emití un gemido.

— ¿Le pasa algo? — preguntó el profesor Felipe, preocupado.

— Está embarazada — dijo Krause—, o al menos eso se supone...

En aquel momento, la mirada del profesor Felipe deambulaba entre mi rostro y el de la estatuilla. «No...» murmuró. Mientras tanto, yo me retorcí de dolor, llegando a sentir que, en cualquier momento me iba a desmayar. Aunque tenía miedo de dormir, al final no pude resistir más y caí al suelo, inconsciente. Lo último que vi fue a Eric, arrebatándole la estatuilla al profesor Felipe. Creo que intentaron levantarme con ayuda de unos chicos, aunque ya todo se había vuelto demasiado confuso para mí.

Recuerdo que volví a soñar. Me encontraba en una negrura impenetrable, en medio de la cual mi ángel estaba siendo aprisionado por unas cadenas negras, acabadas en unos garfios que cortaban y desgarraban sus alas. Le pedí disculpas, le dije que sentía mucho haber puesto mi confianza en los hombres en lugar de en él, que debía haber dejado que solo él me guiara, tal como me había pedido Rogers. Me dirigió la mirada, sus ojos brillaban con un fulgor iracundo. Quiso decirme algo, pero lo único que pudo emitir su

boca fue un rugido de dolor. Todo se volvió blanco y desperté.

Estaba en una habitación de hospital. Mientras me reincorporaba, vi entrar a un doctor.

— Por fin despierta — dijo, con tono afable—. Tenemos malas y buenas noticias.

— ¿Perdí al bebé? — dije entre lágrimas, sin poder creerlo— ¿Dónde está mi niño?

El doctor me miró confundido.

— No sé de qué habla, pero lo importante es que vivirá.

— ¿De qué está hablando? — le grité.

— Usted tiene cáncer de cuello uterino, una variante muy rara.

En ese momento, tomó una carpeta que había encima y mostró las radiografías. Efectivamente, había tumores por todo mi útero. No podía creerlo.

— La buena noticia es que, a pesar de que es un cáncer extremadamente agresivo, aún estamos a tiempo de realizar una cirugía para extirparlo. Lo que extraigamos será estudiado, ya que su caso es verdaderamente particular.

— Yo no he autorizado ninguna cirugía — dije—. ¿De qué está hablando?

— Usted no, pero sí su esposo.

— ¿Mi esposo? — exclamé— Pero si yo estoy separada...

— No legalmente — dijo el doctor—. Estaba teniendo una falla multisistémica. Le consultamos al respecto para que firmara la orden de cirugía y accedió.

— ¿Dónde está él ahora? — pregunté entre lágrimas.

— Si no me equivoco, se está hospedando en un hotel cercano. Está verdaderamente preocupado por usted — dijo el doctor—. Pero me alegra que todo salga bien.

— ¿Y el embarazo? — pregunté entre lágrimas— ¿Esos tumores no son mi niño?

El doctor me miró confundido y desconcertado, claramente no comprendía.

— Entendemos que perdió un hijo hace poco, pero esto no es un embarazo... por lo que me cuenta, suena

como si las alteraciones hormonales le hubieran ocasionado un embarazo psicológico.

— Pero... ¡lo que llevo en mi vientre...!

— Lo que lleva en su vientre es cáncer — dijo con tono serio—. Una de las principales causas de este tipo de tumor es de tipo sexual, relacionada con una falta de higiene íntimo. Su esposo nos comentó que se separaron después de que usted tuvo un amorío y...

— ¡¿De qué está hablando?! — le grité—. ¡Yo no he tenido ningún amorío!

— Ey, ey, relájese — dijo el doctor, haciendo amago de retirarse—. La negación es normal, pero ya se han hecho los trámites para que pueda ser atendida por un psiquiatra y por una asistente social. Queremos ayudarla. Ahora, si me disculpa, debo ir a atender a otros pacientes.

Me enteré de que la cirugía estaba programada para mañana y, mientras escondo las píldoras de *Ativan* que le robé al terapeuta del hospital, estoy más decidida que nunca a quitarme la vida. Estoy convencida de que existe otro mundo más allá de nuestra percepción. Quizá para los médicos de aquí estos sean tumores, materia muerta, pero Han me dijo que las cosas en mi mundo se reflejan de manera

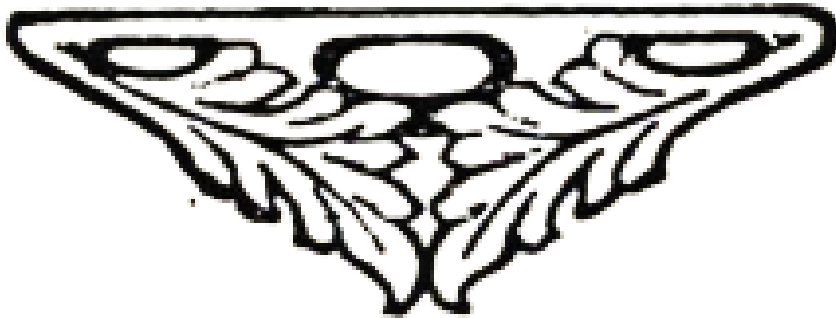
diferente. Estoy segura de que, en algún lugar, Han me estará esperando con mi hijo, en un lugar donde no existe ni el dolor, ni la pena, ni el abuso.

He vivido mucho en muy poco tiempo y siento que hay demasiada información en mi cabeza. Pero ya no me interesa lo que digan los demás. Han es real, yo lo vi, él me besó y me impregnó con su semilla santa. Yo había sido escogida para traer su Voluntad a este mundo, pero no tuve suficiente fe. Decidí buscar en las materias de los hombres algo que yo misma había percibido al rozar la piel de mi ángel; eso debería haber sido suficiente.

Fallé desde el momento en que no alimenté a mi niño y sellé mi destino al llamar a ese maldito de Eric Krause, que estoy segura se adueñó de mi estatuilla. Pero eso ya no importa. La semilla de Han vive dentro de mí, de eso estoy segura. Y, cuando haya cruzado el umbral, él será quien me reciba al Otro Lado, junto a mi hijo. Seré yo quien custodie el Jardín del Edén que nosotros mismos construiremos: la madre, el hijo y el espíritu santo.

Hasta nunca.

Iyá Jajené cefayak vulgutín vugetelagel vulgutín





Por Mathew André Meléndez

— Si estuviera en peligro, ¿qué harías? — pregunta una mujer de piel oscura. Su rostro está desgarrado en el lado izquierdo, dejando un hueco oscuro donde alguna vez tuvo un ojo. De cabello corto y castaño, su único ojo restante, de iris negro con destellos azules, observa con intensidad. Espera desnuda ante quien responderá su duda

— Haría todo — responde un hombre de piel clara, no demasiado alto, de rostro igualmente destrozado y cuyo cráneo parece asomar alrededor de la cuenca de un ojo perdido. Desnudo, permanece firme frente a aquella cuya duda debe responder

— ¿Qué harías si llorase?

— Lo haría todo.

— ¿Qué harías si algún día muero?

— Lo haré todo, y si no vuelvo a estar contigo, te vengaré.

— Bien... ¿Temes a qué algo me llegase a pasar?

— Mucho más de lo que podría temerle a la muerte.

— Tolker... Si tuvieses que preguntarme lo mismo a mí, ¿Sabes qué te diría lo mismo a ti?

— Lo sé Renalcia, lo sé. Es por eso que te amo.

— Y es por eso que yo te amo a ti.

Renalcia coloca su mano en el pecho de Tolker y se abalanza sobre él, besándolo bajo el tenue resplandor de la fogata que iluminaba la noche y disipaba sus penas. En ese momento, ambos se entregan a un ritual que consumaría su amor, un acto que era tanto el primero como uno de profundo significado para ellos. Sin embargo, el alba llega, y Tolker despierta de aquel dulce sueño en el que volvía a tener a su amada entre sus brazos. *El Olvidado* se incorpora de la cama improvisada, hecha de las pieles y vísceras de todos los desafortunados y necios que osaron cruzarse en su camino, aquellos que se interpusieron entre él y su anhelo de reencontrarse con Renalcia.

Caminaba por un bosque muerto, sin vida, olvidado por toda mente cuerda, en un mundo desterrado de la razón y de los recuerdos. Allí avanzaba un hombre ignorado incluso por los dioses, en una larga y sangrienta búsqueda. Nada ni nadie lo detendría; daría hasta la última gota de sí mismo por seguir adelante, porque no le importaba perderlo todo si así lograba recuperarla, salvarla, protegerla.

Tolker, el Olvidado, vagaba por esos parajes sombríos, eliminando a cualquiera que se

interpusiera en su camino con una espada oxidada y rota, y defendiéndose con un escudo arrancado de las manos de un soldado de un linaje extinto. Vestía con retazos de armaduras, saqueadas de los cuerpos abandonados en los pútridos paisajes de este mundo brutal; algunos de ellos asesinados por sus propias manos. Incluso su yelmo era una auténtica quimera, rematado por la punta de una lanza quebrada.

Continuando su travesía por aquellas tierras nauseabundas, Tolker divisa a lo lejos una gran luz. Es un resplandor gigantesco, tan cálido como el fuego de una fogata, como una llama suave que atempera y guía en la oscuridad, como un sol que, en las mañanas más hermosas de aquel aberrante mundo, exhibe una sonrisa radiante, repleta de amor y esperanza. Tolker corre en dirección a esa luz que, incluso, parece fertilizar la tierra. La vida brota a su alrededor: cientos de plantas hermosas, flores deslumbrantes y criaturas fantásticas surgen con cada destello de aquel resplandor. Sin embargo, el olvidado, temeroso de que aquello pueda ser un fenómeno maligno, se oculta entre los arbustos, observando el origen de aquella luz: un hombre de piel oscura como el carbón, robusto y gigantesco como el colmillo de un dragón. Su cabeza afeitada refleja la luz como la más pulida de las armaduras, y su armadura es dorada y brillante como el sol.

Aquel hombre se agacha y toma una flor, creada por su misma presencia. La huele con total tranquilidad, sin ninguna clase de temor, siendo capaz de sonreír incluso en medio de aquel bosque putrefacto. Tolker se acerca a mirarlo con más detenimiento, trata de ser cauteloso, pero acaba pisando una rama seca, cuyo crujir pone fin a su avance sigiloso. El gigante se percata de esto, levantándose y mirando al Olvidado, quien, de manera instintiva e impulsado por el miedo, saca su espada y apunta al hombre. Dada la baja estatura de Tolker, casi parece un gato confrontando a un elefante.

El gigante, al ver el arma empuñada y alzada frente a él, solo levanta su dedo, y lo coloca sobre ella, apartando con cuidado el amenazante filo que le apuntaba.

— Descuida, hermano. Yo no te haré daño.

Tolker mira a aquel hombre, sorprendido. En circunstancias normales, un coloso como aquel sería temible, un peligro. Y, sin embargo, parecía limitarse a disfrutar algo de ese pequeño y pútrido mundo.

— Perdón por haberte hecho reaccionar así, hermano — dijo el hombre, viendo que la reacción directa y rápida del Olvidado es simplemente guardar su espada y mirarlo a los ojos—. Mi nombre es Alkar, *el Sol Sonriente*, ¡Es un placer conocerte! ¿Cuál es el tuyo?

— Tolker.

El Olvidado se aleja del lugar, pero Alkar lo sigue, intrigado por él. Dándose cuenta de que el Sol Sonriente avanza tras él y sospechando que podría representar un peligro, Tolker, instintivamente, coloca una mano sobre la empuñadura de su espada, aún envainada. Sin embargo, al notar que Alkar no muestra intenciones hostiles, retira la mano y continúa su camino. Juntos recorren el hermoso sendero lleno de flores e insectos que el Sol Sonriente ha creado, hasta que, de repente, se encuentran con tres hombres heridos que claman por ayuda.

Tolker, sin mostrar interés, sigue avanzando, mientras Alkar intenta persuadirlo para detenerse y prestar auxilio, aunque en vano. Ante la inutilidad de sus esfuerzos, Alkar decide intervenir por su cuenta; se arrodilla y examina las heridas de los hombres para evaluar su gravedad.

De pronto, sin previo aviso, una lluvia de lanzas cae sobre la espalda del Sol Sonriente. Los tres hombres heridos se levantan ágilmente, desenfundando cuchillos afilados que parecen cortar el mismo aire. Pronto, otros atacantes emergen de entre los árboles: un variopinto grupo de hombres y mujeres, acompañados por un enorme ser similar a un oso, mucho más grande que el propio Alkar.

— Interesante, el idiota no parece tener la intención de contraatacar — dice uno de los hombres.

— A este paso conseguir la recompensa será mucho más fácil de lo que creíamos — responde una de las tantas mujeres que daba caza al gigante.

— Tal vez nos den una recompensa adicional si les damos la cabeza del imbécil que lo acompañaba.

Algunos de los asaltantes se lanzan contra Tolker, quien sige ignorando la amenaza, restándole importancia a pesar de estar rodeado por varios hombres. Sin embargo, una mujer toma repentinamente su muñeca y le susurra:

— Tal vez si te entregamos a Ulskars consigamos un poco más de dinero para el invierno.

La sola mención de ese nombre provoca al fin una reacción en Tolker. Con el escudo en mano, golpea brutalmente el rostro de la mujer, desfigurándolo y lanzándola contra un tronco cercano. Uno de los hombres levanta su maza en señal de ataque, pero es atravesado de inmediato por la espada del Olvidado, que lo alza y, con un movimiento feroz, lo parte en dos.

Tolker avanza hacia donde se encontraba Alkar, arremetiendo contra los demás cazadores de recompensas con una rabia inhumana. Uno de ellos es empalado con su espada y lanzado con tal fuerza que queda atrapado entre las filosas ramas de un árbol seco.

— ¡Id a por el enano! — exclaman algunos de ellos. Alkar aprovecha la distracción para contraatacar, destrozando a varios de ellos con sus puños, haciendo que algunos vuelen por los aires, vueltos en simples trozos de vísceras y carne, mientras que otros quedan estampados contra el suelo. Mientras el Sol Sonriente mataba a algunos, Tolker hacía lo propio por su lado, terminando con la vida de varios hombres que intentaban abalanzarse sobre él como si fuesen animales, solo para acabar con sus cuellos atravesados por la espada del Olvidado.

La espada de Tolker se queda atascada en la cabeza de una mujer, lo que brinda la oportunidad a uno de los hombres de lanzarse contra él. Sin embargo, en ese instante, Tolker reacciona y le golpea con su escudo en la mandíbula, deformándola de manera inhumana. El hombre se tambalea, y el Olvidado arranca sus intestinos con la mano desnuda, utilizándolos como una soga para estrangular a su víctima, apretando con tal fuerza que, debido a la presión, su cabeza acaba explotando.

Este reacciona al instante, apresando al hombre y usándolo como escudo humano frente al hacha de la

mujer, que, incapaz de detenerse a tiempo, acaba con la vida de su propio aliado. La mujer observa con terror el espantoso resultado de sus acciones, pero su reacción se ve interrumpida por la punta de lanza que adorna el casco de Tolker, que rebana de manera violenta y salvaje su cuello, separando la cabeza del cuerpo.

Por su parte, Alkar ha derrotado a los demás, mostrando una habilidad para el combate que desafía toda comprensión. En ese momento, el imponente úrsido gigante aparece y, con un simple movimiento de su mandíbula, devora al Sol Sonriente.

Al presenciar la escena, Tolker intenta atacar a la abominación. Pero, antes de que pueda alcanzarla, la criatura empieza a vomitar sangre. Solo unos instantes después, Alkar emerge de sus fauces en una explosión de fuego y luz tan intensa como el sol. Con un movimiento poderoso, Alkar junta sus enormes manos y las separa, materializando una gigantesca espada dorada con la que decapita al monstruoso oso. Creen haber acabado ya con todos los cazarrecompensas, pero logran divisar a un hombre que, en un patético intento por sobrevivir, se arrastra lentamente. Tolker se acerca, lo toma del cabello y lo levanta del suelo.

— Ulskars, ¿Dónde está?— pregunta Tolker, sosteniendo su escudo a escasos metros de la cabeza del hombre.

— ¡No lo sé, por favor, apiádense de mí! — suplica el hombre.

— ¿¿¿Dónde está?!!! — sigue insistiendo el Olvidado.

El hombre llora y grita por su vida, implorando piedad, pero sus súplicas no conmueven al Olvidado. Al percatarse de la inutilidad de interrogarlo, este alza su escudo y lo descarga repetidamente contra la cabeza de su víctima, aplastándola hasta volverla irreconocible. Tras varios golpes más, el cuerpo finalmente cae al suelo, mientras Tolker levanta el cuero cabelludo recién arrancado. Si aún quedaba un último aliento en él, sin duda se extinguió con el impacto final.

— ¿Por qué dijiste ese nombre, hermano? — dice Alkar, acercándose a Tolker

— ¿Ulskars? Bien, te diré por qué. Él tiene a mi amada en sus manos, ¡me la arrebató! Ese malnacido la retiene en algún lugar de este infierno, pero yo la sacaré de ahí. Y, cuando me encuentre con Ulskars, lo mataré. ¡Lo mataré de la forma más horrible que me sea posible!

— Hermano mío, eso que has decidido es una de las ideas más temerarias que he escuchado en mi larga vida. Ulskars, *el Terrible*, es una fuerza imparable, capaz de aplastar ejércitos por sí solo. Su cuerpo mismo es un arma viviente, bendecido por criaturas cuya naturaleza trasciende todo entendimiento y lógica — dice el Sol Sonriente—. Él te supera en todos los aspectos, y su ejército es tan temible que incluso seres como yo serían retenidos ante su poder. Tan solo imaginar desafiario es una insensatez.

Tolker mira a Alkar, con una mirada que, aun estando ensombrecida por la oscuridad de su casco, transmite una ira reverenda e incontenible. Finalmente y tras exhalar un suspiro, decide mirar a otro lado y, simplemente, irse. Tolker camina sin rumbo fijo hasta que, finalmente, es abatido por el cansancio y cae al suelo, profundamente dormido. Alkar lo alcanza y tomándolo entre sus brazos, lo mete dentro de un saco de dormir que el gigante carga a sus espaldas.

— Sé que esto es peligroso, pero si he de ayudarte, si he de ayudar a todos mis hermanos en este y en cualquier mundo matando a aquel ser aberrante, lo haré. No estás solo — dice Alkar.

Sin embargo, en otro lugar, hay alguien que no tuvo la misma suerte que ellos dos.

En otro oscuro rincón de este aciago mundo, Renalcia, *Aquella que no olvida*, yace en el interior de una jaula, en posición fetal. Se encuentra en una sala que parece extenderse hacia el infinito, repleta de escaleras ubicadas en ángulos y posiciones incomprensibles y surrealistas. De todas partes cuelgan jaulas, en las que se amontonan cautivos de todos los sexos y edades.

De repente, se escuchan pasos. Aquella que no olvida se levanta, furiosa, aguardando la llegada de quienquiera que sea el recién llegado. Un hombre de

armadura negra, cuyo rostro afeminado y pútrido se atisba bajo la celada de su yelmo, se adentra en la sala, ascendiendo por una de las muchas escaleras retorcidas del lugar. Algunas mujeres gritan aterrorizadas y muchos niños lloran ante su presencia, mientras los guerreros más valientes guardan un silencio abrumador, tensos en un pánico que en cualquier momento podría dar paso a los gritos. Renalcia, en cambio, lo observa con rabia y, en un arrebato de ira y odio, golpea los barrotes de su jaula con tal violencia que su puño casi se quiebra con el impacto.

— ¡Oh, pequeña recordadora! ¿Te lastimaste la mano otra vez? — dice el hombre.

— Maldito seas, Ulskars. Maldito seas tú y todo tu ejército — replica Renalcia, sus ojos encendidos como ascuas ardientes.

Ulskars, riendo, hace girar la jaula colgante de Renalcia, que a punto está de marearse.

— Pequeña recordadora, ¡nunca olvidas tu odio! — exclama, parando en seco la rotación de la jaula— ¡Eso me gusta! ¡Que me odien, que me teman, que deseen desafiarme! Pero, para tu desgracia, solo sientes odio, solo temes. Quizás quieras pelear, pero no puedes. No representas un verdadero peligro para mí. O, dime..

El Terrible agarra su propio rostro, abriéndolo en dos y haciendo emerger de él una aberración inefable y vomitiva, compuesta por lo que parecen ser cartílagos y huesos mal unidos. Renalcia se obliga a contener un grito.

— ¿...De verdad crees que podrías pelear contra esto? — Ulskars se gira hacia el resto de los cautivos— ¿Y entre todos ustedes? ¿Hay aquí algún valiente?

La única respuesta que recibe son gritos de pánico y llantos. Ulskars vuelve a ocultar la abominación en el interior de su rostro, aun burlándose de todos. Finalmente, abandona la estancia, habiendo ya sembrado el pánico en los corazones de los cautivos.

— Tolker... ¿Dónde estás? Tengo miedo... — dice Renalcia, incapaz de contener ya las lágrimas.

El eco de sus palabras resuena en la oscuridad, como un lamento que se pierde entre las sombras...

EL BOSQUE NEGRO

Continuará...

En el próximo número de Refugio Bizarro dedicado a «mundos perdidos».